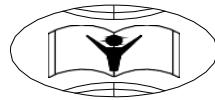


EL CRISTIANO Y LA VOLUNTAD DE DIOS

¿CÓMO DESCUBRIR LA VOLUNTAD DE DIOS PARA MI VIDA?

J. M. RECUERO



MINISTERIO CRISTIANO
«Portavoces de Vida»

EL CRISTIANO Y LA VOLUNTAD DE DIOS

¿CÓMO DESCUBRIR LA VOLUNTAD
DE DIOS PARA MI VIDA?

J. M. RECUERO

¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida y cómo puedo descubrirla? se preguntan muchos hoy... Como no siempre encontramos respuestas fáciles, resulta necesario conocer las señales e indicaciones que se hallen a nuestro alcance; sobre todo aquellas que la Santa Biblia nos facilite, así como las que el Espíritu Santo, en sus diferentes formas, nos pudiera proveer. Y todo ello con el objeto de comprender cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Romanos 12:2).

Si reconocemos que tanto la vida del creyente, como sus circunstancias personales, forman parte de un programa cuidadosamente planificado por el Creador, entonces deberemos preguntarnos, por ejemplo, si está predestinado nuestro lugar de nacimiento, la familia, los amigos o enemigos, la salud o la enfermedad, el compañero/a, el empleo, la iglesia, el ministerio, etc. De ser cierto, ¿cómo puede saberse...?

A través de las reflexiones bíblicas del presente libro, hallaremos suficiente luz para resolver muchas dudas, y llegaremos a conclusiones adecuadas sobre «cómo descubrir la voluntad de Dios»; entendida, principalmente, desde su aplicación práctica en la vida de cada cristiano.

Estamos seguros de que este libro no dejará indiferente al lector, sino que al finalizar su lectura habrá entendido con claridad el significado de la voluntad de Dios... Además de su mensaje, el contenido es sencillo de leer, profundo en sus pensamientos, y especialmente práctico, donde encontraremos respuestas bíblicas a los interrogantes que nos puedan surgir en el transcurso de la vida cristiana.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	pag. 4
ALGUNAS PREGUNTAS DE ORDEN GENERAL.....	5
I EL SIGNIFICADO DE LA VOLUNTAD DE DIOS.....	7
LA VOLUNTAD GENERAL DE DIOS.....	9
► En el conocimiento de Dios	
► En la glorificación de Dios	
► En el orden natural	
► En el orden de la salvación	
► En el orden de la relación con Dios	
► En el orden de la vida cristiana	
LA VOLUNTAD ESPECIAL DE DIOS.....	13
► El destino del creyente y del incrédulo	
► La predestinación de los hijos de Dios	
► Dios conoce de antemano nuestras decisiones	
► Comprendiendo el destino del creyente	
TEXTO BÍBLICO DE REFERENCIA: Mateo 6:33.....	19
¿POR QUÉ CUMPLIR CON LA VOLUNTAD DE DIOS?.....	21
► La disposición y los motivos	
II REQUISITOS DE LA VOLUNTAD DE DIOS.....	24
LA RELACIÓN CON DIOS.....	24
► Una verdadera disposición de entrega a Dios	
► La Palabra de Dios	
► La oración	
LA RELACIÓN CON EL ENTORNO.....	30
► Concerniente a la voluntad general de Dios	
► Concerniente a la voluntad especial de Dios	
LA RELACIÓN CON NOSOTROS MISMOS.....	34
► Convicción del alma	
► Convicción del corazón	
► Convicción del intelecto	
► Convicción interna por la Palabra	
► Convicción del Espíritu Santo	
► Convicción por el fruto del Espíritu	
III LA ACEPTACIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS.....	38
LA VOLUNTAD DE DIOS Y EL SUFRIMIENTO.....	41
IV GRADOS Y CONSECUENCIAS DE LA VOLUNTAD DE DIOS.....	43
GRADOS DE COMPROMISO CON DIOS42	
► Consecuencias de transgredir la voluntad de Dios	
► Consecuencias de practicar la voluntad de Dios	
V CONCLUSIÓN.....	50

INTRODUCCIÓN

¿Cuál es la voluntad de Dios para mi vida y cómo puedo descubrirla? es un tema que al día de hoy genera demasiada confusión, especialmente si queremos reconciliar la soberanía divina con la responsabilidad humana. Con todo, una de las ocupaciones más importantes para el creyente en Cristo, es conocer, con la mayor claridad posible, la voluntad de Dios en relación con su vida privada y personal.

En primer lugar consideramos que la voluntad de Dios, en su expresión individual hacia cada persona, puede plantearse en diferentes áreas de la vida y de múltiples formas. Es lo equivalente a la «*multiforme gracia de Dios*» (1 P. 4:10) aplicada a todo cristiano de manera diversa y personalizada. Y es en esta amplitud de miras, que habremos de abordar el tema con una mente abierta, y siendo receptivos al mensaje vivo y eficaz de la Palabra de Dios (He. 4:12).

Antes de entrar en materia, hemos de comprender que existen propósitos celestiales determinados por Dios, que se cumplen en todo ser humano, sean creyentes o incrédulos. Estos propósitos, o también llamados decretos divinos, han sido previamente establecidos por el Creador; y tanto su diseño, como su cumplimiento, no dependen de las acciones o disposiciones humanas, sean éstas correctas o incorrectas. Luego, con independencia de nuestros hechos (buenos o malos), a la final el Todopoderoso cumplirá fielmente su programa, y nuestra obediencia o desobediencia no alterará en modo alguno sus planes: «*Todo lo que Jehová quiere, lo hace...*» (Sal. 135:6).

Estamos de acuerdo en que la soberanía de Dios, en su propia determinación, es principalmente incondicional. Pero, por otra parte, y en el sentido complementario, también encontramos en la Biblia una dimensión de los preceptos divinos que, a saber, son enteramente condicionales, o dicho de otra manera, condiciones de vida ordenadas por el Creador, para que todo aquel que así lo deseé, pueda conocerlas, creerlas, y asimismo obedecerlas.

Sobre lo dicho, no tengamos una idea equivocada de los preceptos divinos, porque si prestamos buena atención a las indicaciones bíblicas, y posteriores reflexiones, notaremos que su voluntad condicional, en forma de mandamientos, enseñanzas, recomendaciones, promesas, etc., no constituyen una fría imposición hacia el hombre de parte del Dios soberano, sino una generosa invitación del Dios de amor, para conocerle, adorarle, servirle, y disfrutar de su presencia, en el cumplimiento de su voluntad.

Si como cristianos queremos seguir el ejemplo de Jesús, descubriremos que hacer la voluntad del Padre fue su tarea ya planificada desde la eternidad: «*Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*» (He. 10:7). Tarea llevada a la práctica en todo su ministerio terrenal: «*No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre*» (Jn. 5:30).

Por otro lado, bien podemos asegurar, y así lo iremos viendo más adelante, que en el presente toda persona se halla contenida en uno de estos dos grupos: o «dentro», o «fuera» de la voluntad de Dios. El Maestro instruyó a sus discípulos en forma condicional: «*El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama*» (Lc. 11:23). Y también dijo: «*Si me amáis, guardad mis mandamientos*» (Jn. 14:15). En cualquier forma que lo veamos, el Señor no permite negociaciones intermedias, pues si Él mismo advirtió que «*ningún siervo*

puede servir a dos señores» (Lc. 16:13), entonces, ¿cómo saber en realidad a qué señor estamos sirviendo?

No obstante, aun tomando una determinación positiva, observamos que nuestro andar diario se halla sometido a diversas variaciones y altibajos, lo cual significa que podemos acercarnos o alejarnos –por momentos– en el cumplimiento de la voluntad divina. Y es en esta medida temporal, de acercamiento o alejamiento, que comprobaremos los beneficios o perjuicios que resultan de vivir, en mayor o menor grado, según los mandatos celestiales. El apóstol Pablo, dirigiéndose a los cristianos del primer siglo, les advierte: «*No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*» (Gá. 6:7). Esta advertencia bíblica, expuesta en forma condicional, representará la orientación que destacaremos a lo largo de las siguientes páginas; entendiendo con ello, que la «siega» como resultado de la «siembra», no solo es aplicable a la eternidad, sino también a nuestra vida terrenal.

Dado que el estudio de la voluntad de Dios es un tema amplio y lleno de complejidad, centraremos gran parte de nuestras consideraciones en torno a lo citado anteriormente, es decir, a la «voluntad condicional de Dios». Todo ello, finalmente, examinado en función de los principios establecidos por las Sagradas Escrituras, y desde nuestra perspectiva humana y temporal.

Algunas preguntas de orden general

Seguidamente expondremos algunas preguntas de carácter general, para así tener un panorama definido sobre los planteamientos, muchos de ellos prácticos, que generan inquietud en el pueblo de Dios. Es probable que el lector pueda identificarse con algunas de estas preguntas.

Sobre la vida ordinaria pueden surgir, desde luego, muchos interrogantes. Entre ellos, algunos se preguntan respecto de su apariencia física, o capacidades intelectuales: ¿Por qué no soy tan agraciado/a, o tan inteligente como...? En cuanto al lugar de residencia: ¿Por qué nací en este país y no en otro mejor? Sobre la familia con la que viví gran parte de mi vida: ¿Tiene sentido haber nacido en tal familia, con unos padres y hermanos determinados?

La preparación académica, o el empleo, son motivos frecuentes de preocupación entre los jóvenes. Aquel creyente que se propone estudiar en la Universidad, ¿cómo sabe qué carrera ha de escoger? ¿Dios se preocupa de la formación académica, o por el contrario está ocupado en cosas más importantes? En cuanto a la búsqueda de empleo, nos preguntamos: ¿El Señor proporcionará a sus hijos un empleo digno, o es materia ajena a su propia voluntad?

Si nos trasladamos a la esfera de los conflictos familiares, vemos que la relación de algunos jóvenes con sus progenitores se muestra demasiado tensa, y por momentos prácticamente insopportable. ¿Cuál es la voluntad de Dios, entonces, que se siga soportando abnegadamente, o bien se debe optar por la independencia familiar? En este punto, como en otros, ¿Dios enseñará a sus hijos el camino que han de escoger...? Visto desde la convivencia matrimonial, qué ocurre cuando existen discusiones importantes en la pareja, y se llega a un límite en el que ambos se preguntan: ¿Hemos de separarnos? ¿Cuál es la decisión que se ha de tomar al respecto...?

Tocante a la salud, o la economía, nos preguntamos ¿por qué muchos cristianos que han sido ejemplo de piedad y de servicio a Dios, han tenido que soportar graves enfermedades, injusticias, o padecimientos extremos? ¿Es esto realmente voluntad de Dios? Además, ¿por qué el Señor bendice a unos más que a otros con bendiciones materiales? ¿Es voluntad de Dios que el cristiano sufra de escasez? ¿Está ya predeterminada su posición económica en esta vida?

No es pequeño el número de jóvenes cristianos que se preguntan acerca de la soltería, o el noviazgo. ¿Es verdad que Dios tiene preparado el compañero o la compañera idónea? O, iencontrarlo es una cuestión más bien de suerte...! ¿Por qué mi hermano, amigo, se casó joven, y yo con cierta edad todavía sigo esperando? En otro caso: Estoy conociendo a un/a joven de la iglesia, del/a cual estoy enamorado/a. Pero, a la hora de unirme en matrimonio, ¿cómo puedo saber si realmente es voluntad de Dios?

Respecto a la iglesia, o el servicio cristiano, ocurre que cuando las desavenencias entre los creyentes son irreconciliables, la duda se presenta en forma lógica: ¿He de permanecer fiel a mi actual iglesia local, o he de buscar otra comunidad donde congregarme? ¿Por qué no encuentro mi lugar en la iglesia? ¿Está el Señor dirigiendo mis pasos en esta situación...? Acerca de las decisiones ministeriales, algunos se preguntan: ¿He de estudiar en un instituto bíblico? ¿Es verdad que Dios me llama a la obra misionera, o solo es una impresión personal subjetiva en decisión de espíritu aventurero? ¿Cómo puedo saber si es voluntad de Dios que sea misionero, pastor, predicador...?

No son pocos los cristianos que mantienen dudas permanentes sobre los planes de Dios en relación con su vida personal. En el momento de tomar decisiones importantes, a muchos les suele acompañar un exceso de inseguridad, lo que a veces se convierte en una preocupación extrema que no logran controlar. Y, en vista de que no encuentran respuestas, o bien no se cumplen los deseos personales, en ocasiones el resentimiento, hacia Dios y hacia los demás, consigue instalarse en su corazón por largo tiempo. Por lo que, llegado a tal estado de incertidumbre y confusión espiritual, algunos optan por apartarse de la comunión con otros cristianos, o lo que es peor, de la comunión con Dios... Para evitar cualquier insensatez, es preciso seguir la recomendación bíblica: «*Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor*» (Ef. 5:17).

El Dr. Packer, en su libro *Hacia el conocimiento de Dios*, apunta lo siguiente: «*Es imposible dudar de que la dirección divina sea una realidad destinada y prometida a todo hijo de Dios. Los cristianos que no la conocen evidencian por esto mismo que no la buscaron como debían. Es razonable, por lo tanto, que nos preocupemos por saber si somos receptivos a la dirección de Dios, y que procuremos aprender cómo se obtiene*».

A las preguntas planteadas en este apartado (más aquellas que el lector desee añadir), deberemos hallar respuestas adecuadas. Respuestas que iremos encontrando en las sucesivas páginas de este libro, y que resolverán muchas dudas sobre nuestra vida personal en relación con los propósitos divinos. De esta manera lograremos comprobar, en la práctica de la vida cotidiana, la siempre agradable y perfecta voluntad de Dios prometida en su Palabra, que a la vez conlleva su especial guía y dirección en todas las cosas.

En fin, ante cualquier duda o confusión, haremos bien en distinguir las indicaciones bíblicas pertinentes, así como todas las señales que el Espíritu Santo, en sus diferentes formas, nos pudiera proveer. De esta manera conseguiremos aportar estabilidad a nuestra experiencia cristiana, y la capacitación necesaria para ayudar convenientemente a los demás, esto es, a los que todavía no conocen el maravilloso plan que Dios ha preparado para aquellos que le aman. «*El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*» (1 Jn. 2:17).

CAPÍTULO I

EL SIGNIFICADO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

¿Qué significa «la voluntad de Dios»? Seguramente no hay persona en la tierra capaz de responder con exactitud a tan importante pregunta. La mente humana es muy limitada en comparación con la mente de Dios, eterna e infinita; motivo para no alcanzar a comprender los propósitos celestiales en toda su magnitud. Como bien confesaba el salmista: «*Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí. Alto es, no lo puedo comprender*» (Sal. 139:6).

Al estudiar la voluntad de Dios en relación con el hombre, notamos que ésta mantiene un lazo estrecho con el término «predestinación». Esta palabra proviene del vocablo «proorizo», que según el texto griego se traduce por predeterminar, o señalar con antelación. Aparece a lo largo del Nuevo Testamento, y su enseñanza se halla impresa en toda la Biblia: «*Jehová ha hecho lo que tenía determinado. Ha cumplido su palabra, la cual él había mandado desde tiempo antiguo*» (Lm. 2:17).

Acerca de Cristo y su sacrificio habló el apóstol Pedro: «*Ya destinado desde antes de la fundación del mundo...*» (1 P. 1:20). La Humanidad entera está sometida a una predestinación, pues Dios «*les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación*» (Hch. 17:26). El cristiano ha sido predestinado por previo conocimiento de Dios, «*porque a los que antes conoció, también los predestinó*» (Ro. 8:29). Inclusive las buenas obras están preparadas con anterioridad, «*las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*» (Ef. 2:10).

En cierta manera, podemos asegurar que nuestro pasado, presente y futuro, contiene un destino prefijado por el soberano Dios, que está ordenado en los llamados decretos divinos. Señalamos, como ejemplo, la petición que hizo el siervo de Abraham cuando buscaba esposa para Isaac: «*Sea ésta la mujer que destinó Jehová para el hijo de mi señor*» (Gn. 24:44). Subráyese la palabra «destinó». Y es desde esta concepción, que Dios aplica lo que sucederá en el futuro bajo lo que llamamos hoy Providencia, derivado del término «providere», que se traduce por «ver con antelación». No fue diferente la convicción del salmista en su oración a Dios: «*Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes*» (sal. 139:4). Esto no significa solamente que Dios sabe lo que va a ocurrir, sino que lo determina bajo su infinita sabiduría, contemplando su voluntad en la Historia como un todo, sin atender a un pasado imprevisto o futuro incierto... En el otro lado, visto desde la libertad humana, podemos afirmar que la «providencia divina» es la voluntad de Dios predestinada y administrada en la vida de cada persona, teniendo en cuenta con antelación todos los sucesos históricos, así como las decisiones personales que fuéramos a tomar, sean grandes o pequeñas. Sobre el tema, iremos argumentando más adelante.

La Confesión de Westminster, en el Cp.5, expone la doctrina de la providencia divina diciendo: «*I. Dios, el Gran Creador de todo, sostiene, dirige, dispone, y gobierna a todas las criaturas, acciones y cosas, desde la más grande hasta la más pequeña, por su sabia y santa providencia, conforme a su presciencia infalible y al libre e inmutable consejo de su propia voluntad, para la alabanza de la gloria de su sabiduría, poder, justicia, bondad y misericordia*.

Para el Gran Diseñador, ningún acontecimiento ocurre por accidente. La vida no es producto del Azar, ni el Universo camina desprovisto de rumbo o destino. La Providencia anula la casualidad, y no hay nada que escape al conocimiento divino, ya que Dios mantiene el control absoluto de todas las cosas: «*El Señor ha establecido su trono en el cielo; su reinado domina sobre todos*» (Sal. 103:19). La Biblia contiene innumerables enseñanzas acerca de la providencia y soberanía de Dios, así como de su predestinación. En su oración, los discípulos en Pentecostés reconocieron la determinación divina: «*Para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera*» (Hch. 4:28).

Pese a toda dificultad de comprensión, podemos considerar la voluntad de Dios en sus diferentes variantes: soberana, eterna, universal, histórica, nacional, grupal, individual, absoluta, condicional, permisiva, y demás implicaciones prácticas. Vista la diversidad expuesta, percibimos que su estudio contempla muchas y variadas perspectivas. Como ya citamos, es el equivalente a la «*multiforme gracia de Dios*» (1 P. 4:10).

Entendemos que la voluntad de Dios es predestinada, pero a la vez tiene presente la libertad moral del individuo. En todo es perfecta, pero en su elaboración admitió la imperfección del pecado, ya que Dios, conociendo de antemano la rebelión humana, incluyó en su proyecto el pecado y sus consecuencias. Por un lado, la voluntad de Dios es incondicional, y por otro lado, también establece condiciones. Es verdad que permanece inmutable, aunque en su planificación, no pasó por alto las decisiones humanas.

Conforme a lo citado anteriormente, y para obtener una visión conjunta de la voluntad de Dios, hemos de unir los conceptos mencionados, ya que unos se complementan con los otros a fin de establecer los llamados decretos divinos. Porque, incluso los «aspectos permisivos» de Dios, fueron perfectamente ensamblados en sus planes, y como resultado decretados por ÉL. Este es el mensaje de la Escritura, ya que Dios es creador y director de la obra, el «*que hace todas las cosas según el designio de su voluntad*» (Ef. 1:11).

El Soberano actúa siempre conforme a su soberanía, y decreta bajo sus sabios e infinitos consejos. Siendo esto cierto, observamos además que la voluntad divina establece requisitos de obediencia para todas las personas. En este aspecto, las Sagradas Escrituras contiene mandamientos, y el hombre es claramente responsable, por lo que obtendrá las bendiciones de su cumplimiento, o las consecuencias de su quebrantamiento. Saber y no obedecer, es una contradicción ya denunciada por nuestro Señor: «*¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?*» (Lc. 6:46).

El Diccionario de Teología, de E. F. Harrison, destaca dos importantes aspectos de la voluntad de Dios: «*La voluntad decretada determina cualquier cosa que haya de suceder, mientras que su voluntad preceptiva declara cómo debería vivir el hombre*». Examinado en este último sentido práctico, la voluntad preceptiva de Dios se convierte para nosotros hoy, en mandamientos, enseñanzas, recomendaciones, promesas, advertencias, es decir, todo ello la puesta en marcha de los deseos celestiales en el «aquí» y el «ahora»: lo que Dios quiere y lo que demanda. ¿Qué pide Dios de usted, qué pide de mí...? Vivir conforme a la voluntad del Creador, significa aceptar las condiciones establecidas en su santa Palabra, tanto en el ámbito de la «obediencia» como en el de «la conciencia».

Con esta orientación planteada, no pensemos en ningún momento que el hombre, aun siendo cristiano, posee la capacidad innata para desempeñar la voluntad de Dios. La Biblia revela que a la naturaleza humana le es imposible discernir el mensaje que corresponde a la esfera espiritual, pues «*el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para él son locura*» (1 Co. 2:14). Antes bien, solamente es posible entender y obedecer bajo la intervención del Espíritu de Cristo. Por ende, si nuestra vida cristiana no permanece unida a Jesucristo, todo ello se hace tarea impracticable: «*Separados de mí nada podéis hacer*» (Jn. 15:5).

Efectivamente, los designios eternos de Dios se administran en el creyente únicamente a través de la obra, la Persona, y el poder de Jesucristo: «*Conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor*» (Ef. 3:11). Dios se complace en Cristo Jesús, y no en el hombre. Todo aquel que está unido a Cristo, por la conversión, es revestido diariamente de la gracia divina para caminar conforme a lo ordenado por el sabio Dios: «*Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia*» (Ro. 11:6).

Enfaticemos la enseñanza, porque en ninguna manera el cristiano, con sus propias fuerzas, puede realizar la voluntad de Dios, ya que ésta se muestra santa, justa y perfecta. Entonces, ¿por dónde va la idea? La idea se centra, primordialmente, en la «disposición del corazón». No hay obras humanas en el horizonte. Es cuestión de tomar una decisión personal, en sinceridad de corazón, sabiendo a la vez que nuestra naturaleza caída está completamente inhabilitada para servir a Dios. Y, con este sentimiento de incompetencia, habremos de orientar nuestra vida al servicio del Salvador; buscando su ayuda en todo momento, pues «*Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones*» (Sal. 46:1).

Comprendamos aquí que no se trata de «acción», sino de «actitud». Tampoco se trata de «obligación», sino de «voluntad». En esta buena disposición, nuestro corazón debe alinearse con el de Dios, en un acto de confianza y sinceridad. Entonces estaremos preparados para andar el camino... De cualquier forma que lo examinemos, la determinación voluntaria y personal, hecha con el corazón, es requisito indispensable. Determinación en la fe de Cristo, y para la obediencia a Dios: «*Mi corazón está dispuesto, oh Dios*» (Sal. 108:1), declaraba el salmista.

Bien podemos asegurar que Dios no desea siervos autómatas que obedezcan órdenes de forma mecánica, sin conciencia o voluntad propia. Como bien citó nuestro Señor: «*El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta*» (Jn. 7:17). Extraemos la primera parte del texto bíblico para formular la pregunta principal, que en ningún caso debe ser ¿cómo puedo cumplir con...? sino, ¿quiero... hacer la voluntad de Dios?

Habitar en este mundo bajo la voluntad de nuestro Creador, es la mayor dicha que el hombre pueda experimentar en su vida. Ahora bien, en la medida que emprendamos el camino de la obediencia a Dios, y el acatamiento de sus condiciones, nos daremos cuenta de que, paradójicamente, no podemos cumplir con las expectativas. Y así la intervención humana se convierte en mera intención, que como posibilidad también es habilitada por Dios, por lo que nada resulta en gloria personal: «*Dios produce el querer como el hacer, por su buena voluntad*» (Fil. 2:13).

Aun con todo lo dicho, si buscamos diariamente refugio en la gracia de nuestro buen Señor, alcanzaremos las fuerzas que nos permitirán avanzar. Y aun siendo herramientas inútiles, en manos del Padre celestial podremos realizar muchas labores, a veces impensables, para la sola manifestación de su gloria, pues «*lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios*» (1 Co. 1:27). Renglones torcidos somos, y vacíos de propósito, donde el Diseñador de la Historia escribe su destino; y por cierto, escribe recto.

A continuación presentaremos dos aspectos importantes que debemos considerar por separado. Estos dos aspectos son la «voluntad general» de Dios y la «voluntad especial».

LA VOLUNTAD GENERAL DE DIOS

En el conocimiento de Dios

Algunos se preguntan, ¿qué es lo que tengo «que hacer» para cumplir con la voluntad general de Dios? Esta pregunta podría ser malinterpretada, pues ofrece la sensación de que todo depende del cristiano, que la cuestión es «hacer» o «no hacer»; y ése no es el camino: «*Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas*» (Lc. 10: 41), fue la respuesta del Señor.

Si concebimos los preceptos divinos simplemente en términos de lo que el cristiano «tiene que hacer», fácilmente podríamos caer en el orgullo. La voluntad de Dios no es cristiano-céntrica o eclesio-céntrica, sino cristo-céntrica; se dirige hacia Cristo, no hacia el hombre. Es una vida encaminada a la «devoción» y no tanto a la «obligación». Por ello, el hacer la voluntad de Dios no se conforma exclusivamente al sentido del deber. El obedecer, el cumplir, el practicar... incluso haciéndolo de la mejor manera, por sí solo no es válido. Todo ello ha de ir acompañado con las correctas motivaciones del corazón, las cuales no se generan por iniciativa propia, sino que en cualquier caso derivan del conocimiento de Dios: «*Conocimiento de Dios más que holocaustos*» (Os. 6:6), citaba el profeta Oseas.

Sabemos que a Dios se le conoce a través del arrepentimiento y la conversión, o también llamada «experiencia de la Salvación», ya que es el momento en que el Espíritu Santo llena con su presencia el corazón vacío del pecador arrepentido. A partir de esa experiencia sobrenatural, el recién convertido recibe la capacidad para seguir creciendo en el conocimiento de Dios, sea teórico como práctico. El conocimiento teórico lo encontramos esencialmente en la Biblia, ya que es la propia Revelación de Dios en forma escrita. Y añadimos el conocimiento experiencial, que lo encontramos en la aplicación práctica de ese conocimiento, en relación y puesta en marcha de nuestra comunión con Aquel que nos redimió: «*En ti confiarán los que conocen tu nombre, por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron*» (Sal. 9:10).

Puesto que el Creador se ha dado a conocer a la Humanidad, su voluntad general no es otra que el ser humano le conozca. Fue el clamor de Dios hacia su antiguo pueblo: «*Para que me conozcáis y creáis, y entendáis, que yo mismo soy; antes de mí no fue formado Dios, ni lo será después de mí*» (Is. 43:10). Al fijarnos bien en el texto, advertimos que el conocimiento del Altísimo no se resume en el saber, poco o mucho, acerca de Dios; sino principalmente, y lo más importante, en experimentar la presencia de su Ser. Veamos la diferencia: Yo conozco al presidente de mi país, pero... realmente no le conozco, porque nunca he estado con él, ni formo parte de su familia o de sus íntimos más allegados; por lo que mi conocimiento es solamente un conocimiento teórico, no personal... El conocimiento de Dios, como la fe, se recibe a través de la relación personal con Él, espiritualmente hablando. «*Para que me conozcáis y creáis*», hemos leído en el versículo citado.

La declaración de Jesucristo simplifica el propósito de vida que Dios imparte en el corazón del creyente: «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*» (Jn. 17:3). El texto bíblico resalta por sí mismo, pues la voluntad divina no se traduce en saber «acerca de Dios», sino en conocer «a Dios».

En la glorificación de Dios

Por medio de la Sagrada Escritura, observamos que la finalidad primera y última de la voluntad general del Dios creador, tanto en el orden de la creación, como de la salvación, es la glorificación de su propio Ser: «*Para gloria mía los creé, los formé, y los hice*» (Is. 43:7).

Dar gloria a Dios significa ensalzar su Ser en reconocimiento de su grandeza, por lo que Él es (observando sus atributos) y por lo que ha hecho (observando su obra). De esta manera, en actitud constante de adoración, la vida del creyente debe aportar honor y buena reputación al nombre del Señor.

En cuanto a proyecto de vida cristiana, solo Dios debe ser admirado y engrandecido. El juicio divino se mostró en la antigüedad, precisamente, porque «*no le glorificaron ni le dieron gracias*» (Ro. 1:21). También vemos en la Escritura que el rey Herodes fue herido por un ángel, «*por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos*» (Hch. 12:23).

Así pues, hombre o mujer que habita en este mundo, y especialmente si es verdadero creyente, ha sido creado «*para la alabanza de la gloria de su gracia*» (Ef. 1:6). Hacemos bien en recordar, de manera frecuente, que el objetivo fundamental de la voluntad de Dios, es su propia glorificación, pues como bien afirmó el Señor: «*Y a otro no daré mi gloria*» (Is. 42:8).

En el orden natural

Nuestro Hacedor, en su infinito saber y poder, ha planificado y así desempeñado su soberana voluntad: «*Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos*» (Sal. 135:6). Sea antes, como después de la Creación, en ningún momento Dios ha dejado de realizar sus deseos. De forma pre-ordenada, e incluida su voluntad permisiva, ayer como hoy sigue moviendo los hilos de la historia de la Humanidad, para que, en última instancia, se lleve a cabo y por completo su programa en este mundo. Y con este fin utiliza el orden natural de las cosas que Él ha creado, bien sean llamadas materiales, emocionales o espirituales. Todo existe bajo la programación, el control, y la supervisión del todopoderoso Dios... En este sentido no iba desencaminada la frase del siempre recordado científico, Albert Einstein: «*Dios no juega a los dados en el Universo*».

La creación y el desarrollo de la Historia no resultan de ningún accidente fortuito. El Eterno sigue aplicando a través de los tiempos, y no de forma casual, todos y cada uno de sus planes celestiales. Y en esos magníficos planes, además incluye su abundante gracia, que se hace manifiesta a todos en forma general: «*Hace llover sobre justos e injustos*» (Mt. 5:45).

En el orden de la salvación

«*Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*» (1 Ti. 2:4). «*Ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*» (Hch. 17:30). Destacamos de los textos bíblicos las palabras «quiere» y «manda», ya que expresan la voluntad general de Dios en forma condicional, y en el marco de la Redención. El hombre se haya camino a la perdición eterna, e indiscutiblemente necesita al Salvador. Con esta intención redentora, el propósito del Creador para con el ser humano, es llevar a término la sublime tarea de reconciliación con Él. Reconciliación que se efectúa a través de la cruz de Cristo, donde el pecador puede ser perdonado, salvado y restaurado. Fue el testimonio del mismo Señor Jesucristo: «*Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero*» (Jn. 6:40).

El glorioso mensaje del Evangelio representa la columna vertebral de la voluntad general de Dios, esto es, el plan de la Salvación que ha provisto para la Humanidad desde antes que el mundo fuera creado.

Nuestro Señor planificó y ejecutó la obra de la Redención conforme a sus soberanos decretos, y asimismo la completará sobre la base de sus fieles promesas. Dios es fiel y cumple lo que promete, pues «*Dios no es hombre, para que minta*» (Nm. 23:19). En esta planificación de las promesas divinas, el orden de la salvación se concibe desde la eternidad con la formación de un pueblo predestinado por Dios, que solo Él conoce, al que llamamos la «Iglesia de Jesucristo». Por lo cual, toda persona que recibe la salvación en Cristo Jesús, ya ha sido incluida previamente en el programa eterno del gran Diseñador; creándole un futuro específico, en el cual ordenó su destino en función de su condición de salvo e hijo amado: «*Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo*» (Ef. 1:4).

En el orden de la relación con Dios

La voluntad general de Dios consiste, una vez ha redimido al individuo y en posición de hijo nacido del Espíritu, en que éste mantenga en todo momento una buena relación con su Padre. Y, partiendo de ese particular encuentro espiritual, el recorrido del camino consistirá en conocerle, amarle, agradecerle, adorarle, gozarse en Él, y complacerse en su presencia. Por ello el pecador que ha encontrado a Dios, ha encontrado el Sumo Bien. No se trata solo de hacer buenas obras para agradar a Dios, sino principalmente de «*buscar a Dios*»; desear estar con Él; caminar junto a Él: «*¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra*» (Sal. 73:25). Es, en definitiva, disfrutar de Dios en el área de la fe y con verdadera devoción. Como expresaba el salmista: «*El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agrado*» (Sal. 40:8).

Entendamos bien el pensamiento central, porque la voluntad general de Dios no se dirige a que «amemos el hacer su voluntad», sino a que le amemos a Él. De lo contrario todo acto se convertiría en mera religión, identificada por el «*cumplimiento del deber*» y no por el «*amor personal a Dios*», tal como desgraciadamente ocurre en gran parte de nuestra Cristiandad. Encontramos en la Biblia que el rey David, hombre experimentado en la misericordia divina, no concebía su comunión con Dios en clave de «*religión*», sino de «*relación*». Con verdadera devoción exclamaba: «*Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela...*» (Sal. 63:1). Tener a Dios es tenerlo todo, y si no le tenemos a Él, nada tenemos.

Buscar la voluntad general de Dios, no es otra cosa que buscar a Dios: «*Buscadme, y viviréis*» (Am. 5:4). El que comprende bien la gracia celestial, no buscará la obediencia al mandamiento por obligación, o siquiera recibir recompensa alguna. Si tengo a Dios, ¿qué recompensa quiero? pues lo tengo todo: «*Todo es vuestro*», dijo el apóstol Pablo a los corintios, 1 Corintios 3:22.

Vivir en Dios es vivir en plenitud, porque el Buen Pastor llena el alma sedienta, aporta refugio y descanso, y dirección segura en nuestro peregrinar diario. El símil se halla en la oveja que busca la protección del pastor, o los polluelos que se refugian bajo las alas de su protectora madre. Visto los efectos benéficos de nuestra relación con Dios, no parece nada extraño el empeño del profeta: «*Con mi alma te he deseado en la noche*» (Is. 26:9).

En el presente puede haber personas que estén dispuestas a cumplir la voluntad de Dios por temor, por miedo al castigo, y así vivan un cristianismo esclavizador que finalmente se hunde en el sinsabor de la vida... Contrariamente a esta actitud equívoca, el creyente bien instruido no obedecerá a su Señor por temor, sino por amor: «*En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor*» (1 Jn. 4:18).

En otro sentido, existe un temor reverente a Dios, que es el principio de la sabiduría, como hace constar Proverbios 1:7. Dicho temor constituye el inicio de nuestra relación con Dios. Y es en esa relación espiritual donde comenzamos a saber cuál sea su buena voluntad para nuestra vida. Así resume la promesa bíblica: «*¿Quién es el hombre que teme a Jehová? Él le enseñará el camino que ha de escoger*» (Sal. 25:12). No obstante, si al temor de Dios le llamamos «miedo», bien puede clamar el creyente fiel con alta voz que *«tiene miedo!... pero de defraudar a Dios, de olvidarse de Él; porque está tan unido al Salvador, tan bendecido, tan satisfecho, tan agradecido, que... tiene miedo! miedo de pecar, de tristezar al que se lo ha dado todo, al que sufrió los terribles dolores de su pecado. Tiene miedo de alejarse de su voluntad; de traicionarle al igual que Judas, por treinta monedas de plata. El cristiano fiel es tan bienaventurado al conocerle, que no soportaría faltarle el respeto. Vive tan impresionado por su inmenso amor, que tiene miedo de no corresponderle como debería. Motivo por el que en todo busca a Dios para recibir la gracia necesaria, en la tarea de aplicar su voluntad en la forma más perfecta posible. Y, en esta búsqueda, es donde encuentra la verdadera paz, además de las fuerzas necesarias para proseguir el camino.*

¿Cuál es la voluntad general de Dios? Lejos de compromisos eclesiásicos u obligaciones religiosas, el mandamiento de Cristo se mantiene todavía presente: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas*» (Mt. 22:37). Nos preguntamos, ¿hay algo más valioso que Dios? Si no buscas a Dios, entonces ¿qué buscas...?

En el orden de la vida cristiana

En todas las áreas de nuestra existencia, recibimos del mismo Creador ayuda y dirección para desempeñar su voluntad general. Ahondando en este pensamiento, y puesto el enfoque en el ámbito personal, Dios se encarga primordialmente en recuperar la imagen caída del hombre, o lo que es lo mismo, conformar al cristiano a la semejanza de su Señor. Esta es la meta que el Padre quiere alcanzar en todo hijo suyo. Ser como Jesucristo, en calidad humana, es el deseo de Dios para cualquier creyente en cualquier lugar del mundo. Se trata, en suma, de que todos los acontecimientos, búsqueda de respuestas, decisiones, y demás pormenores, sean encauzados hacia dicha finalidad: «*También los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo*» (Ro. 8:29).

Fue constante la preocupación del apóstol Pablo para con la iglesia: «*Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*» (Gá. 4:19). Es menester afianzar nuestra voluntad en el gran ideal cristiano, porque sin lugar a dudas los planes generales del Altísimo se administrarán bajo una determinada resolución: Transformar al creyente conforme al modelo de Jesucristo.

Vista la voluntad de Dios con una orientación transformadora, hemos de averiguar si todo lo que gira alrededor nuestro: proyectos, circunstancias, personas, así como las motivaciones internas del corazón: anhelos, deseos, etc., están cooperando para la glorificación de Dios, y para la formación del carácter de Cristo en nosotros.

Existen otros muchos aspectos de la voluntad general de Dios que requerirían un volumen aparte. Bien podríamos destacar, por ejemplo, nuestra responsabilidad evangelizadora y la transmisión de la enseñanza bíblica, pues la voluntad de Dios es que, cumpliendo con el mandato de Jesús, hagamos discípulos a todas las naciones, según cita Mateo 28:19. Igualmente, los designios generales del Eterno se han revelado en forma escrita, y es en la Biblia donde encontraremos todas las directrices en cuanto al orden de la vida cristiana, relativo a las relaciones familiares, sociales, eclesiales, testimoniales, etc.

LA VOLUNTAD ESPECIAL DE DIOS

El destino del creyente y del incrédulo

El Señor recomendó en forma condicional: «*Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz*» (Jn. 12:36). En proporción a la luz espiritual recibida en la conciencia, bien podemos reconocer que cada individuo es responsable delante de Dios, y no habrá excusa en el día que tenga que rendir cuentas: «*Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado*» (Jn. 15:22). La Palabra de Cristo será la que juzgará a todo aquel que rechace su oferta de salvación. De manera que está en juego el estado final: salvación o condenación. El hombre es causante de su pecado, y si no se arrepiente, no podrá presentar ninguna excusa en el día final: «*Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa*» (Ro. 1:20).

El escritor y predicador estadounidense, A W Tozer, hace la siguiente mención: «*Los hombres son libres para tomar sus propias decisiones morales, pero también están bajo necesidad de rendir cuentas a Dios por esas decisiones. Eso los hace tanto libres como responsables, porque están destinados a presentarse ante el juicio y rendir cuentas de las obras hechas mientras estaban en el cuerpo*».

Nuestro mundo conserva una conciencia de Dios, porque Él «*ha puesto eternidad en el corazón de ellos*» (Ec. 3:11), y de alguna forma el ser humano sabe que tiene un compromiso delante de su Creador, e inevitablemente tendrá que responder... Frente a esta realidad futura, muchos prefieren evadir su responsabilidad temporal en aras de asumir la eterna. De cualquier manera, los textos bíblicos apuntan hacia una verdadera responsabilidad humana: «*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*» (Jn. 3:36). «*El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero*» (Jn. 12:48). «Rechazar» la palabra de Cristo, o «rehusar» creer en Él, supone una decisión consciente y voluntaria, en relación a la voluntad condicional de Dios. Por lo que, en función de la decisión interior tomada en el ámbito de la conciencia (con mayor o menor luz conferida por el Espíritu), le corresponderá entonces a cada persona vivir su periodo de vida en la Historia. Este porvenir es preparado de antemano por Dios, para en el caso de ser incrédulo, y teniendo en cuenta su buen o mal hacer, estipular su grado de condenación (mayor o menor), o de ser creyente, su grado de bendición eterna (mayor o menor). Y a partir de aquí se determinará el particular futuro de vida predestinado por Dios para cada cual, aplicado en el devenir de su paso por este mundo... Y a este procedimiento divino le llamamos «la voluntad especial de Dios», que por su puesto iremos comprendiendo mejor en el transcurso las sucesivas páginas.

Con esta resuelta impresión de futuro, comprendemos que la vida terrenal constituye la «prueba determinante» (en el lugar y momento de la Historia) dispuesta por Dios para cada individuo. Los resultados de dicha prueba configurarán en buena medida el estado final de todo hombre o mujer en la eternidad... Seguramente el fallecimiento de los no nacidos es un gran misterio, e incluso los niños que no poseen capacidad de discernimiento sobre el bien y el mal. Para despejar esta duda, algunos se aferran a las palabras del Señor cuando dijo: «*Dejad a los niños venir a mí... porque de los tales es el reino de los cielos*» (Mr. 10:14). Aunque el texto no se refiere exclusivamente a bebés o infantes de corta edad, podemos entender que los niños tienen un acercamiento especial en el reino de Dios. Sin embargo, no hay respuestas absolutas para los misterios celestes. Pese a todo desconcierto, en este asunto u otros, haremos bien en responder siempre con la mayor claridad bíblica posible.

Siguiendo con el hilo, en la epístola a los Romanos se nos plantea un argumento muy discutido, pero que nos servirá para ilustrar el tema de la voluntad especial de Dios: «*¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria?*» (Ro. 9:22,23). El texto leído refleja el problema del antiguo pueblo de Israel y su programa

histórico-salvífico (como nación), que comprendía creyentes e incrédulos. Atendiendo, pues, a la enseñanza del propio contexto histórico, extraemos un principio bíblico suficientemente preciso: «Él (Dios) preparó de antemano». Reflexionemos aquí, porque Dios prepara los escenarios donde reunió entonces, y reúne hoy, a los cristianos entre los no cristianos, en la proporción que estima oportuno. Por ejemplo, los países o regiones donde la presencia de cristianos es mínima, es porque esos países o regiones están destinados, generalmente, para todos aquellos vasos preparados para destrucción –según cita el texto leído–, incluyendo en tal caso la presencia de creyentes como evidencia testimonial. Así sucedió (y sucede) con las religiones, culturas, pueblos, y algunas épocas de la Historia donde apenas hubo testimonio bíblico (pueblos idólatras de la Antigüedad, época medieval de oscurantismo espiritual, etc.).

Me pregunto personalmente: ¿Qué hubiera ocurrido si «por casualidad» un servidor hubiera nacido en el pueblo de mi tatarabuelo, situado en la España profunda del siglo XVIII, sin testimonio evangélico alguno, que yo sepa...? Seguramente mi vida cristiana se hubiera reducido a dar testimonio de mi fe, y acto seguido la muerte segura a manos de la Inquisición. ¡Gloria a Dios! si así hubiera tenido que ser.

Por lo común, pienso que casos de cristianos solitarios (que viven su cristianismo en soledad) no han sido abundantes en la Historia, y generalmente asumían un propósito de excepcionalidad en los planes divinos. De todos modos, visto desde su desarrollo histórico, Dios prepara, reúne, y dirige a la comunidad de cristianos, dado que representa el Cuerpo de Cristo, sean pocos o numerosos. Así como también ha preparado y reunido a los incrédulos, clasificados por países, pueblos, religiones, culturas, y momentos de la historia humana... Con esto quiero decir que todos los acontecimientos, aplicados para cada individuo en relación con la salvación o condenación, fueron ordenados por manos del Hacedor (históricamente hablando).

La Historia, sea general o individual, fue escrita en el libro de Dios antes de que ésta se desarrollase. Resulta llamativo que hasta el mismo código genético de cada persona haya sido trazado por el Creador, e impreso en cada célula desde el momento de su concepción. Así lo hace constar el salmista: «*Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas*» (Sal. 139:16). El profeta Jeremías es objeto de aclaración, en palabras del mismo Creador: «*Antes que te formase en el vientre te conocí*» (Jer. 1:5).

Analizando el tema desde nuestra diversificada Cristiandad, nos preguntamos, ¿por qué en nuestra época de grandes movimientos evangélicos y fácil difusión bíblica, miles de cristianos abarrotan iglesias apóstatas, carentes del amor divino? La respuesta parece concisa: Porque este es su destino; Dios mismo los ha juntado, agrupado en... No nos engañemos por las apariencias, pues habría que saber cuál es la intención de aquel que está satisfecho con una religión infructuosa. En cualquier forma, el Omniscente conoce perfectamente los corazones, y por ello cada uno es predestinado en función de su verdadera disposición interior: «*Pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón*» (1 S. 16:7). Cada persona está «donde» debe y «como» debe estar respecto a la voluntad especial de Dios, dependiendo de cuales sean sus intereses personales, «*porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*» (Mt. 6:21). En el día final nadie podrá decirle a Dios que vivió injustamente en el momento y lugar equivocado, o que padeció en esta vida pasajera sin sentido o propósito alguno. El Señor no es injusto o arbitrario con esta desdichada Humanidad, «*porque no hay acepción (diferencia) de personas para con Dios*» (Ro. 2:11).

Por lo dicho hasta aquí, podemos concluir que cada uno está en el hoy, y estará en el mañana, en la época y lugar que le corresponde; comprendiendo que El Eterno prepara y planifica todo destino, teniendo presente las propias motivaciones humanas, que bien conoce de antemano. Así le ha placiido en su soberanía, y aplicado en su providencia.

Todas las cosas creadas, como sucesos históricos o circunstancias personales, es decir, desde lo más ínfimo relativo a la materia o al espíritu, hasta lo más grande e infinito del Universo, se mantiene en estrecha vinculación con el Ser supremo llamado Dios, y por consiguiente con su voluntad decretada. No puede ser de otra manera. Esta fue la impresión del poeta inglés William Blake: «*Aquél que ve al infinito en todas las cosas, ve a Dios*».

En cierta medida el hombre, teniendo una conciencia moral, es sabedor de que Dios es Rey soberano, y en consecuencia adquiere el deber de conocerle, obedecerle y servirle. Pero, por desgracia, muchos no quieren enfrentarse a tan importante requisito. En la parábola de los talentos, el siervo que recibió un talento tenía miedo a la responsabilidad que conllevaría el invertir lo entregado por su señor, o el precio que tendría que pagar en esta vida para administrar lo que reconocía no era suyo; y en su propia decisión prefirió enterrar el talento: «*Señor, te conocía que eres hombre duro... por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra*» (Mt. 25:24,25). De igual manera, hoy en día los intereses terrenales –escondidos en la tierra– son los que prevalecen; sean intereses económicos, familiares, profesionales, sociales, e inclusive eclesiales o ministeriales, y que, definitivamente, suponen el rumbo que cada uno en particular desea seguir.

En conclusión, ninguna de las decisiones humanas, sean correctas o no, toman de improvisto y por sorpresa a Aquel que lo sabe todo. Y podemos inferir, desde la razón bíblica, que el Dios omnisciente ha tenido presente al ser humano en sus futuras decisiones a la hora de diseñar cualquier destino terrenal, sea para el creyente como para el incrédulo. Como dice la Escritura: «*Vasos de ira preparados para la destrucción... y vasos de misericordia que Él preparó para su gloria*» (Ro. 9:22-23).

La predestinación de los hijos de Dios

La voluntad de Dios para cada cristiano, individualmente, se halla contemplada en lo que llamamos «la predestinación». Acerca de los hijos de Dios, la Biblia declara: «*En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos tuyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad*» (Ef. 1:5). Nótese la expresión «de su voluntad», ya que ésta se manifiesta principalmente en el acto de la «predestinación». Razón por la cual el Padre celestial quiere llevar a cabo su perfecto plan en cada hijo suyo, incluyendo asimismo todos los aspectos esenciales de la vida cotidiana, según las preguntas inicialmente planteadas.

He de aclarar aquí que no me refiero tanto al destino final en relación con la salvación o condenación eterna, sino más bien al destino de vida creado por Dios para cada cristiano, según su «providencia»; término que, como ya hemos visto, significa «ver de antemano».

Sobre el tema de la predestinación, o mejor dicho «elección» para salvación o condenación, no vamos a entrar en detalle. Los dos términos para nosotros asumen el concepto de tiempo cronológico, y sabemos que el Creador del Universo no está supeditado al tiempo. De manera que en la predestinación, o elección, está presente la caída del hombre, la muerte de Cristo, la condenación del incrédulo, la salvación del creyente, y nuestra responsabilidad humana. Son realidades en tiempo presente para el eterno Dios, vistas como un todo, desde antes que el mundo fuese. Por eso los conceptos «predestinación» o «elección», en cierto modo no tienen cabida desde la mente eterna, infinita, y atemporal de Dios. Solo son términos adaptados a nuestra mente limitada, para que entendamos el proceso histórico-temporal de nuestro mundo.

Volviendo a nuestra temporalidad, y a tenor de las enseñanzas bíblicas, podemos asegurar que el Todopoderoso ha creado un destino específico para cada creyente, asignado en esta vida terrenal y transitoria: desde el país de nacimiento, o la familia que no ha escogido, como sus entornos personales, dones, virtudes... hasta la fecha de su partida a la Patria celestial. El cristiano, como tal, se halla incluido en un programa minuciosamente planificado por Dios desde la eternidad. Sus circunstancias actuales, sean cuales fueren, no son producto de la casualidad, sino que responden a un propósito celestial muy determinado. Así parece apoyarlo J.L. Packer, en su obra literaria *Conociendo a Dios*: «*¿Tiene Dios un plan individual para cada uno? Por cierto que sí: Dios tiene un "designio eterno" (literalmente "plan para las edades"), un designio... para realizarlo en la plenitud de los tiempos, en consonancia con lo cual realiza todo conforme a la decisión de su voluntad*». Recapacitemos sobre tan maravillosa enseñanza, porque no solo resulta de utilidad teórica, sino que constituye motivo de máximo regocijo, pues en la predestinación es donde el creyente fiel, en cualquier situación que se encuentre, halla un completo y eficaz descanso espiritual.

Descubriendo la voluntad especial de Dios, nos fijamos en los grandes personajes de la Biblia, y cómo Dios cumplió su especial propósito en todos ellos. Destacamos la vida y obra del señor Jesucristo, como el núcleo de la predestinación: «*A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole*» (Hch. 2:23). Traemos a la memoria además la vida de Noé y su proyecto con el Arca; el cumplimiento de la promesa de Dios con Abraham, angustiado por no tener hijos; Moisés y su renuncia a ser llamado hijo del Faraón; David, a punto de ser eliminado por Saúl; José, entregado por sus hermanos y encarcelado en Egipto; Juan el bautista y su labor precursora en preparar el camino del Mesías. Y así podríamos seguir con muchos otros ejemplos... De igual forma que con los modelos bíblicos citados, los planes celestiales se han de ejecutar en la vida del creyente que confía en su Señor; y en la mayoría de las veces sin apenas notar el proceder invisible de su intervención divina.

Conviene recordar que los cristianos no andamos carentes de rumbo o destino. Es decir, existe un propósito que cada cual personalmente habrá de cumplir: «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*» (Ef. 2:10). Es verdad que hay un sentido general del texto leído (obras de carácter general), aunque también es verdad que su aplicación contiene un sentido marcadamente individual. Por ejemplo, para que entendamos la enseñanza: Si la Escritura afirma que «*cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros*» (1 P. 4:10), será porque el don es otorgado conjuntamente con el ministerio. De forma contraria, tal don no se podría ejercer, por lo que sería un dicho absurdo en manos de un Dios razonable.

El teólogo y predicador del siglo XIX, Benjamín B. Warfield, hablando de la voluntad especial de Dios, realiza la siguiente mención: «*Es el mismo nervio de la doctrina que cada individuo de la enorme multitud que constituye la gran hueste del pueblo de Dios, y que está ilustrando el carácter de Cristo en la nueva vida, ahora vivida en la fuerza del Hijo de Dios, ha sido el objeto particular desde la eternidad de la consideración divina y que ahora está cumpliendo el destino elevado designado por Él desde la fundación del mundo...*». Así, con este destino elevado designado por Dios, marcharemos con buena disposición hacia el cumplimiento de su voluntad. Y, confiando en sus fieles promesas, podremos esperar que el Buen Pastor nos guíe y ayude a desarrollar el propósito específico determinado por Él. Pablo, siendo consciente de su particular predestinación, se presenta a la iglesia como «*apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios*» (Ef. 1:1). Siglos antes, y en esta misma línea de pensamiento, el salmista afirmaba en su corazón: «*Jehová cumplirá su propósito en mí*» (Sal. 138:8).

Dios conoce de antemano nuestras decisiones

En reconocimiento de la presciencia de Dios, el salmista atestiguaba: «*Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme. Has entendido desde lejos mis pensamientos*» (Sal. 139:2). Resulta lógico admitir que nuestra vida futura se construya, en buena medida, sobre la base de todas las decisiones que Dios sabe que vamos a tomar. Con esto no pretendemos decir que Dios, en una especie de espíritu servil, esté obligado a sujetar su voluntad a nuestras decisiones personales. Sin embargo, parece tener bastante sentido que en los designios del Creador, y bajo su eterna sabiduría, tuviera presente todos los aspectos prácticos de la existencia humana, aplicada a la responsabilidad de cada individuo, sea creyente o incrédulo.

Juzguemos bien la frase «Dios sabe con antelación». La Biblia está escrita para el hombre, por lo que se revela con expresiones del lenguaje humano, a fin de que entendamos el proceder de Dios contemplado desde nuestro espacio-tiempo. La omnisciencia divina va mucho más allá, pues no está sujeta a la limitación del tiempo, como ya venimos indicando. Para Dios, el pasado o futuro también es presente: «*Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día*» (2 P. 3:8). Y en esta atemporalidad es donde «*vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas*» (Mt. 6:32). Dios ya «sabe lo que va a ocurrir», por lo que en términos bíblicos leídos, «sabe lo que necesitamos». En cierta manera podemos advertir que nuestro Hacedor crea un destino específico en función de las necesidades que Él ya sabe de antemano, y también de las decisiones que tomaremos, que son la expresión de las intenciones albergadas en el corazón de cada persona. En este sentido general, Dios respeta nuestras voluntades antes de nacer, porque para él ya son presentes. De no ser así, la predestinación de vida se convertiría

en programación automática, lo cual no sería compatible con el concepto de responsabilidad humana. El pensador cristiano CS Lewis, en su libro *El problema del dolor*, escribía en forma irónica: «*Existen dos clases de personas. Aquellos que le dicen a Dios: Que se haga tu voluntad; y aquellos a quien Dios les dice: Muy bien, que se haga como usted quiera*»

Sin duda alguna, El Eterno determina los tiempos y las circunstancias según su sola autoridad, y sitúa los límites del proceso histórico bajo su absoluta soberanía. Pero, dicha esta verdad, magnánimo es Dios, que en su soberanía y gran amor no ha querido ser indiferente a la libertad moral de cada individuo. Con esta orientación, notamos que Dios planificó la muerte de Cristo antes de la fundación del mundo, porque precisamente sabía que el hombre pecaría voluntariamente contra sus mandamientos. Y es en función de esta errónea decisión humana, que dispuso el rumbo de la Historia: «*Ya destinado (el sacrificio de Cristo) desde antes de la fundación del mundo*» (1 P. 1:20).

Volviendo a la Confesión Westminster, Cap. 5:2, leemos: «*Aunque con respecto a la presciencia y decreto de Dios, quien es la primera, todas las cosas sucederán inmutable e infaliblemente, (1) sin embargo, por la misma providencia las ha ordenado de tal manera, que sucederán conforme a la naturaleza de las causas secundarias, sea necesaria, libre o contingentemente*». Leído el texto, veamos el ejemplo en la prueba de José en Egipto. La causa primaria fue por decreto divino, para salvar de la hambruna a la familia de Abraham. Y en esta causa primera decretada, se incluye la causa secundaria, es decir, que José fuera vendido por sus hermanos. Dios tenía previstas las dos causas, y por ende aceptamos que también las dos decretadas. Estas fueron las palabras de José a sus hermanos: «*Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien*» (Gn. 50:20).

Hagamos un inciso para explicar que en cuanto a la dirección de Dios sobre lo que ya está predestinado, hemos de saber que en cierto sentido el Espíritu Santo no determina si hemos de comer manzanas rojas o verdes, o si hemos de comprar un lapicero azul o marrón. En esta posición ordinaria, hay ciertos aspectos de la vida que no poseen repercusiones eternas, y si bien es Dios quien controla todo detalle, muchos no conllevan un carácter de predestinación específica, y como tal carecen de importancia.

Siguiendo lo anterior, parece razonable, que también bíblico, aceptar que Aquel que todo lo sabe y todo lo puede, construya un entorno histórico, social, familiar, profesional, eclesial, etc., que represente el camino preparado para cada creyente, teniendo en cuenta previamente y desde la eternidad, el futuro grado de compromiso y obediencia a su Palabra. Es desde este enfoque, que todas las buenas obras del cristiano están preparadas de antemano, según consta en Efesios 2:10. Por lo demás, si el creyente peca, o dicho de otro modo, «siembra para la carne», asimismo el destino ya incluye las consecuencias de su pecado, «segundo corrupción», como cita Gálatas 6:8; así como destinadas las posibilidades de perdón y restauración espiritual: «*Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta...*» (Is. 1:18).

Contemplando la voluntad condicional y permisiva de Dios, que es donde descansa su voluntad especial, podemos concluir en que el Soberano decide, en su soberanía, el predestinar toda acción respetando la voluntad humana. En consecuencia, debemos reconocer que el pecado del hombre y sus resultados, como los momentos de perdón divino y restauración, o el grado de obediencia de cada cual, ya estaban predestinados e incluidos en la voluntad especial de Dios.

Comprendiendo el destino del creyente

Algunos podrían ver la postura aquí planteada como absolutamente fatalista, suponiendo que hemos de resignarnos estoicamente ante cualquier situación. Esta no es la idea. No solamente es lícito, sino que también necesario, cambiar los acontecimientos que favorezcan nuestra vida aquí en la tierra, y así no quebranten la ley de Dios. Estamos llamados a cambiar para bien nuestra vida, y a colaborar en lo posible para mejorar la vida de los demás. Pero, atendamos a la enseñanza, porque sabemos que esos cambios efectuados, en decisión propia o ajena, ya estaban previstos por Dios, y por consiguiente forman parte de su predestinación.

Así es como el Todopoderoso interviene con anterioridad planificando nuestra futura vida, para que todas nuestras decisiones, sin excepción alguna, contribuyan a su plan final. De lo contrario sería contradictoria la promesa bíblica para el cristiano fiel: «*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*» (Ro. 8:28).

El pensamiento aquí no reside en que Dios tiene un plan para mí, y dicho plan fracasará si no lo cumplo, dado que entonces Él no lo puede aplicar. En ninguna manera los planes del Creador se frustrarán si descuidamos el hacer su voluntad. El Omnipresente no pierde el tiempo creando un destino que el hombre no va a poder cumplir, ni queda defraudado por la rebeldía humana. En cuanto al cristiano, las bendiciones resultantes de practicar la voluntad de Dios, están preparadas –en Cristo– para aquellos que las van a recibir, dependiendo del grado de disposición, consagración y buena voluntad.

En definitiva, el Padre celestial planifica el porvenir teniendo en cuenta de antemano nuestras decisiones futuras, para así proporcionarnos un destino adecuado a éstas. Y en todo ello, naturalmente, se halla la absoluta gracia divina, de principio a fin. De manera que, las bendiciones de nuestra fidelidad a Dios (bendiciones básicamente espirituales) y las consecuencias de nuestro pecado, bien sean temporales o eternas, estaban especialmente previstas por Dios. La Escritura así lo hace notar: «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó...*» (Ro. 8:29).

Jonás desobedeció el mandamiento, pero Dios lo sabía, por eso le predestinó un gran pez: «*Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás*» (Jon. 1:17). El destino para Jonás estaba conformado según la decisión que él tomaría, y que no sorprendió a Dios. Igualmente Sansón no tenía otro destino que la piedra de molino, preparada por Dios, porque ya sabía la errónea decisión que iba a tomar. Planificado y profetizado fue el episodio de la traición de Jesús; las treinta monedas de plata; el campo y la horca donde se desarrolló el fatídico final de Judas Iscariote. Fueron éstos designios de Dios conforme a su voluntad permisiva, no así originaria, porque Dios no genera lo malo, sino que más bien lo incorpora en su predestinación como consecuencia propia. En relación al tema, la Biblia contiene innumerables predicciones escritas para momentos específicos y personas determinadas; y todas ellas se cumplieron sin excepción. A esto le llamamos la «voluntad especial de Dios». Ejemplo claro lo encontramos en las cientos de profecías cumplidas acerca de la persona y obra de Jesucristo.

El teólogo y reformador francés Jean Calvin, en su libro Institución de la Religión Cristiana, escribió: «*La voluntad de Dios es la causa primera y dueña de todas las cosas, porque nada se hace sin su mandato o permisión*». La voluntad de Dios decretada, vista desde el propio destino histórico y personal, contiene un componente permisivo, que aun no conviniendo con los deseos originales de Dios, sí constituyen la puesta en marcha de un plan que respeta nuestras futuras decisiones (dentro de los límites dispuestos por Dios, claro está). Decisiones previstas bajo su permiso y a la vez bajo su absoluto control. En efecto, el Soberano ha decretado su voluntad permisiva, pero al mismo tiempo le añade los límites y las condiciones para que el mal no sobrepase los linderos por Él mismo establecidos, ni tampoco logren quebrar sus proyectos; sino más bien para que en toda situación contribuyan al cumplimiento de éstos. En el caso del creyente fiel, también los males cooperarán en beneficio suyo.

El relato del rico y Lázaro, presentado por el Señor Jesucristo, resulta clarificador. Aunque en el evangelio se muestra a modo de parábola, podemos considerar como fiel su veracidad histórica: «*Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado*» (Lc. 16:25). Lázaro recibió males en su vida; y con toda seguridad éstos fueron dispuestos por Dios con antelación a su nacimiento, pues había un propósito de orden eterno. De hecho, el escenario final fue altamente revelador. Podía haber sido un buen final para el rico, pero decidió voluntariamente no compartir sus bienes con el necesitado; y también esta injusticia estaba prevista por Dios.

Como bien se infiere en el relato bíblico, el pecado del rico no fue en sí las riquezas, sino más bien el no querer compartirlas. Seguramente pensaba que sus bienes terrenales eran tuyos y buenamente merecidos, que no providencia divina; y con ello mostraba su indiferencia a la voluntad de Dios, quien nos manda amar a nuestro prójimo en forma práctica. Tal insensibilidad hacia la necesidad ajena, no hacía más que evidenciar su incredulidad y desobediencia a los mandamientos divinos: «*Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra*» (Dt. 15:11). Por tanto, el rico se condenó por no haber creído en la Palabra de Dios, y su vida egoísta fue consecuente con su incredulidad. ¡Qué importaba la eternidad! Lo que al parecer le interesaba era vivir el presente lo mejor posible (no es otra la mentalidad de hoy). Dios ya conocía sus decisiones, y en tal conocimiento lo predestinó bajo su

propia responsabilidad, procurándole un examen que debía superar, que es el amor al bienestar material: «*Raíz de todos los males es el amor al dinero*» (1 Ti. 6:10). Finalmente las riquezas fueron solamente una prueba, que en cierta manera demuestra que el hombre es egoísta por naturaleza.

Alguien podría preguntarse: Entonces, aquel que es pobre, que padece necesidad, o que sufre injusticias en este mundo, ¿está destinado por Dios para tal propósito? Debemos afirmar la respuesta con un rotundo «sí»: «*¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó?*» (Lam. 3:37). Puede parecer confuso, pero en cualquiera de sus formas el sufrimiento contiene, en manos de Dios y para todo creyente fiel, una dimensión gloriosa que a la vez profundamente transformadora. Comprendamos bien que la pobreza o riqueza no representan por sí mismas un bien o un mal; solo es algo temporal que el hombre administra para la eternidad. La carta de Santiago se muestra muy enfática al respecto: «*Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre*» (Stg. 2:5). Esta declaración no supone que la pobreza sea voluntad originaria de Dios, sino más bien una elección divina para algunos, con el objeto de ser probados; utilizando esa pobreza material en beneficio de la riqueza espiritual. Igualmente, toda carencia en este mundo constituye una prueba para el cristiano, pues estamos llamados a compartir nuestros bienes con aquellos que lo necesitan: «*En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir*» (Hch. 20:35).

Dicho esto, no creamos en ningún modo que los valores eternos se construyen con dinero. Más rico fue Lázaro (riqueza espiritual) que el propio rico. Y para tal estado contribuyó, paradójicamente, su pobreza material.

Como bien sabemos la vida del creyente no se halla exenta de pruebas, y algunas de ellas se muestran en forma de grandes penalidades, como le aconteció a Lázaro. Pero, todas las aflicciones, en el control de Dios, contienen siempre propósitos victoriosos. El académico y novelista C.S. Lewis, resalta la excelencia de las pruebas diciendo: «*Las dificultades preparan a personas comunes para destinos extraordinarios*». A veces, hasta los destinos extraordinarios son preparados por Dios a través de las dificultades, sean de carácter económico, familiar, eclesial, o de cualquier otra índole.

Definitivamente, la pobreza en este mundo, así como las demás injusticias humanas, son medidas con las que Dios prueba al hombre, que también al creyente; para que una vez completada la prueba, finalmente se determine el estado de nuestra eternidad. Y ese futuro estado se configurará, en aquel día sin fin, sobre nuestras decisiones tomadas en el «hoy temporal», visto desde la voluntad condicional de Dios. El sabio predicador, en su reflexión sobre las injusticias de la vida, exponía la enseñanza: «*Es así, por causa de los hijos de los hombres, para que Dios los pruebe...*» (Ec. 3:18).

Reflexionemos con espíritu bíblico, porque lo que hagamos de bien en la vida, sea mérito o buena obra, sea disposición u obediencia, no merece retribución alguna de parte de Dios. No necesitamos ahondar mucho en el problema del pecado, para ver que todas nuestras buenas obras son hechas en imperfección, pues siervos inútiles somos, Lucas 17:10. Ahora bien, pese a nuestra gran deficiencia, Dios mismo ha determinado premiar la buena disposición del creyente a través de los méritos de Cristo. Como prometió el Maestro en Mateo 10:42, ni un vaso de agua, ofrecido en su nombre a uno de sus discípulos, carecerá de recompensa. Esta recompensa en ningún caso supone mérito propio o justicia humana, sino benevolencia divina.

Llegados a este punto, a continuación estableceremos la diferencia entre la voluntad de Dios general y la especial, utilizando como base el conocido texto bíblico de Mateo 6:33.

TEXTO BÍBLICO DE REFERENCIA: Mateo 6:33

«*Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia*» (Mt. 6:33a). Esta parte del versículo expresa cuál es la «voluntad general» de Dios para todo creyente, desde su perspectiva condicional. Dicho mandamiento dado por el Señor Jesús, significa que los deseos del soberano Dios han de ser motivo y propósito de nuestra existencia, por encima de todo lo demás, e inclusive de nuestras necesidades particulares... Es oportuno preguntarnos si existen deseos propios que en nuestro corazón se sobrepongan a los deseos de Dios. En este análisis,

resultaría justo pensar que si no logramos ofrecer en todo el primer lugar a Dios y a su Palabra, no podemos esperar entonces que Él, pasando por alto nuestra indiferencia, responda con su bendición a todas nuestras necesidades.

«*Y todas estas cosas os serán añadidas*» (Mt. 6:33b). La segunda parte de este versículo (la promesa) es el resultado de la primera (el mandamiento condicional), es decir, de buscar el reino de Dios en primer lugar (su voluntad general). La expresión «todas estas cosas» se relaciona con las respuestas a las preguntas que formulábamos en la introducción, y que pertenecen a las necesidades de la vida cotidiana (la voluntad de Dios especial). En esto, el eminent teólogo holandés, L. Berkhof, en su *Teología Sistemática*, parece concluir acertadamente: «*Debe decirse que constituye un concepto antibíblico de Dios, decir que Él no se ocupa ni puede ocuparse de los detalles de la vida, que no puede responder a la oración, que no puede ayudar en los apuros e intervenir milagrosamente a favor del hombre... La Biblia enseña que hasta los más pequeños detalles de la vida tienen lugar en el orden divino*».

Teniendo presente que todas las promesas bíblicas permanecen fieles y verdaderas, estamos convencidos de que El Eterno suplirá, como así lo promete, lo que de antemano sabe que necesitamos (no lo que nosotros creemos necesitar). Por ello, no haríamos bien si intentáramos conseguir «todas estas cosas» por nuestra cuenta y riesgo, antes que esperar en Dios y buscar su reino en primer lugar. En tal caso, «todas estas cosas», siendo muchas o pocas, a la verdad no irán acompañadas de la bendición especial de lo Alto.

Recordemos que el cristiano fiel no vive por cuenta propia, sino por la de Dios. En el sentido opuesto, sucede que algunos no buscan la voluntad divina, sino más bien que ésta se adapte a su propia voluntad, alejándose así del mandato de Jesús: «*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho*» (Jn. 15:7).

No parece conveniente acudir a Dios para buscar su aprobación celestial en decisiones que ya hemos tomado, sin haber consultado previamente con Él. En todo caso, lo correcto es buscar la conformidad divina antes de tomar cualquier decisión que sea relevante. Santiago concluyó apropiadamente en su epístola: «*Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto y aquello*» (Stg. 4:15).

«*No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?*» (Mt. 6:31). Aquí podemos seguir incluyendo todas las preguntas anteriormente citadas... Si en todo momento buscamos el desempeño de la voluntad de Dios, entonces habremos de confiar en el control minucioso que Él mantiene sobre nuestras necesidades. Es, precisamente, la confianza en sus promesas, lo que nos permitirá habitar tranquilos, sin preocuparnos desmedidamente. Las palabras del Maestro son más que alentadoras: «*No temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos*» (Mt. 10:31).

Así pues, en la medida que nuestro corazón se disponga a cumplir con la voluntad general de Dios, se irá añadiendo todo aquello que precisamos para nuestra vida diaria. Solamente hemos de procurar el mantener una buena relación con Dios, en la devoción y práctica de sus mandamientos (siempre con su ayuda), que bien se encargará Él de aplicar en nosotros su especial y perfecta voluntad.

Ahondemos en el conocimiento anticipado del Altísimo, ya que por lo general no nos va a proveer de todo aquello que nosotros deseamos o pedimos; sino, en cualquier caso, de lo que Él sabe que realmente necesitamos. Y, bien podemos afirmar, que toda bendición añadida guardará siempre una estrecha relación con su voluntad especial. Y esa voluntad, en su concepción original, posee una marcada «perspectiva de eternidad».

Hoy más que nunca, y descubriendo cómo se aceleran los tiempos del fin, nos sentimos motivados a contemplar la vida con unos anteojos de largo alcance: «*Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra*» (Col. 3:2). Al fin y al cabo, el propósito más importante que debemos perseguir, es el estado final de nuestra eternidad con Cristo.

Uno de los problemas fundamentales de la esencia humana es «no saber esperar». Y como somos impacientes por naturaleza, en ocasiones queremos adelantarnos a las previsiones divinas. En tal caso, hay espíritus impulsivos que no están dispuestos a esperar los tiempos ordenados por Dios, tomando por contra decisiones fuera de su voluntad. La recomendación bíblica no se presta confusa: «*Pacientemente esperé en Jehová. Y se inclinó a mí, y oyó mi clamor*» (Salmo 40:1). J.L. Packer, hablando sobre la providencia divina, apunta

a este importante factor: «*Falta de disposición para esperar. "Espera en Jehová" es uno de los estribillos constante en los Salmos –consejo necesario porque frecuentemente Dios nos hace esperar–. Él no tiene tanto apuro como nosotros, y su modo de proceder es el de no darnos más de lo que necesitamos para el tiempo presente, o lo que necesitamos como guía para dar un paso a la vez. Cuando estemos en duda sigamos esperando en Jehová y no hagamos nada. Cuando sea necesario, la luz necesaria vendrá.*

Por otra parte, entendemos que el Padre celestial no cubre las necesidades de todos por igual, dado que sus proyectos, en este mundo, son diferentes para cada hijo suyo; por eso, parece razonable que a cada cuál le aplique una medida distinta.

Alcanzamos a reconocer en el texto de Mateo 6:33, que «todas estas cosas» (necesidades cubiertas) no son «finalidad» en sí mismas, sino los «medios» que Dios utiliza para llevar a cabo la misión encomendada; la cual, como hemos citado, contiene una acentuada proyección de eternidad. Ante la pregunta de sus discípulos, «*Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra*» (Jn. 4:34). Nos preguntamos, ¿no debería ser ésta nuestra mayor aspiración en la vida?

Considerando la propia libertad humana (valga la expresión), el creyente puede buscar en primer lugar, o no, el reino de Dios y su justicia: es una decisión personal. Decisión tan importante marcará la diferencia entre vivir dentro o fuera de la voluntad Dios. Consideremos aquí la determinación de Moisés: «*Escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado*» (He. 11:25). Aun no siendo el mismo escenario que el de Moisés, igualmente cada uno habrá de elegir.

Sobre el tema, no fue diferente la enseñanza de nuestro Maestro: «*Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niégrese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*» (Lc. 9:23). Subráyese la expresión «si alguno quiere». Dios no impone sus mandamientos, ni obliga a nadie que no desee obedecerlos; por el contrario, respeta las decisiones tomadas... El llamamiento antiguo del Señor para con su pueblo fue en todo similar: «*Y no queréis venir a mí para que tengáis vida*» (Jn. 5:40). Parafraseando la frase conocida del poeta, podríamos decir: «*Querer o no querer, esa es la cuestión*». Traigamos a la mente las palabras de Jesús en otro texto: «*Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina juntos sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste*» (Mt. 23:37). Como cualquier decisión en la vida, «querer» o «no querer», en el sentido mencionado, constituye en su propia naturaleza una prueba de amor a Dios.

Por otro lado, cumplir con los planes divinos no representa para el hombre vivir en estado de perfección, o impecabilidad absoluta. Desgraciadamente el cristiano todavía queda sujeto a la influencia de su naturaleza caída... La idea principal, en este asunto, va siempre encaminada hacia disponer nuestra voluntad en dirección a la de Dios. El que es Omniscente ve la intención del corazón y no tanto la actividad propia. Somos y seremos insuficientes en hacer nada aceptable para Dios. Por eso, necesitamos la gracia y el poder de Dios, pues hemos de reconocer que solo Él puede hacer su obra en nosotros.

En esto, como en todo, la gracia de Dios se muestra de forma completa, porque tampoco merecemos que Él responda con su rica bendición a nuestra obediencia, por muy fiel que ésta se manifieste. Es decir, la remuneración a nuestro buen obrar es posible porque así le ha placido a Dios en su generosidad, y al mismo tiempo determinado por gracia: «*Y si por gracia, ya no es por obras*» (Ro. 11:6).

Visto lo visto, no impacientemos el alma buscando cuál sea la voluntad de Dios en todos los temas que atañen a la vida cotidiana. «No os afanéis», dijo el Señor. Nuestra preocupación debe ser, fundamentalmente, la de buscar el reino de Dios y su justicia. En el tiempo determinado el Buen Pastor añadirá todas las demás cosas, o dicho de otro modo, cumplirá con su voluntad especial en nuestra vida.

¿POR QUÉ CUMPLIR CON LA VOLUNTAD DE DIOS?

La respuesta sería tan sencilla como decir que Dios es soberano, y por lo tanto el que manda. No ignorando esta premisa bíblica, también como Padre bondadoso desea lo mejor para sus hijos, y por ello sus mandamientos no son fastidiosos, conllevando siempre resultados favorecedores para el ser humano, mayormente para aquellos que son receptores de su amor

divino. De igual forma, esto es una concesión que el Padre ha otorgado a sus hijos, para que seamos sus colaboradores: «*Porque nosotros somos colaboradores de Dios*» (1 Co. 3:9).

Aquí hemos de precisar bien, porque para que podamos desempeñar lo encomendado por el Creador, es necesario mantener unas motivaciones correctas, como venimos enfatizando. Toda decisión tiene su razón de ser. De modo que, las «motivaciones del corazón» son las que dispondrán nuestra vida a favor o en contra de la buena voluntad de Dios.

Por lo general no hemos de obedecer a Dios para..., sino principalmente por... No para alcanzar la salvación, naturalmente, ni tampoco para ser merecedores del favor celestial. Si alguno piensa que es merecedor de algo, aun con la mejor intención, no piensa bien. El Padre solamente tiene su complacencia en el Hijo, según Marcos 1:11, y por ello todas sus bendiciones nos vienen a través de Cristo (sobre la base de su obra en la Cruz).

La disposición y los motivos

Por agradecimiento

Los cristianos somos poseedores de la preciosa verdad del Evangelio. Y estamos tan agradecidos a Dios por su gracia, amor, y por todos los beneficios de su salvación, que no parece existir otra alternativa que no sea la de buscar el cumplimiento de su voluntad: «*Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios*» (1 Te. 5:18).

Agradecemos al Señor por los beneficios materiales y espirituales. Agradecemos a Dios por su amor, por su bondad, por la muerte y resurrección de Cristo, por el don de la Salvación, por el perdón de los pecados, por el regalo de la vida eterna, por el Espíritu Santo que nos ha dado, por la condición de hijos de Dios, por su dirección, por sus promesas, por la iglesia, por los dones, por su cuidado y protección, por la esperanza que tenemos, por la eternidad que nos espera, y por un largo etc. ¡Hay tantos motivos por los cuales agradecer a nuestro buen Padre Dios!

Porque glorifica a Dios

Los proyectos celestiales, siendo eternos, han de llevarse a cabo en este mundo temporal. Y todos los proyectos contienen una finalidad sublime, la de adorar y glorificar a nuestro Padre celestial: «*Glorificad, pues, a Dios*» (1 Co. 6:20). Glorificamos al Señor pensando en lo que por naturaleza Él es, principalmente en sus atribuciones divinas; y por lo que ha hecho, hace, y de seguro hará en nuestras vidas.

Alabar y enaltecer el nombre de Dios, en la obra de Jesucristo, es el motor que no solo debe impulsar nuestros labios, sino también nuestros hechos.

Queda claro que el buscar su voluntad en ninguna manera ha de repercutir en la glorificación personal, pues «*a Él sea la gloria por los siglos*» (Ro. 11:36).

Porque no nos pertenecemos

El creyente verdadero ha sido comprado por Dios, y no es dueño de su vida. Ha sido rescatado de la esclavitud del pecado, y también de un terrible destino final: el infierno. «*Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios*» (1 Co. 6:19,20). Luego, si fuimos comprados, es porque alguien pagó el precio. La muerte de Jesucristo es el precio que el Padre pagó para poder redimirnos; motivo suficiente para sentirnos deudores. Gracias a la muerte expiatoria de Cristo (y a su resurrección) muchos pecadores han sido rescatados, que no es poca cosa.

Verdad es, los cristianos recibimos en forma gratuita la salvación, pero icuán grande fue el costo que Dios pagó por ella...! De manera que somos tuyos, le pertenecemos. Y, por tan hermosa condición de redimidos, nuestra responsabilidad como cristianos es administrar, con diligencia y buena voluntad, los deseos de nuestro Señor, o dicho de otro modo, de nuestro Dueño.

Porque es para nuestro bien

«*Y sabemos que a los que aman a Dios (la motivación correcta), todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados»* (Ro. 8:28). En la conversión, el pecador convertido en cristiano ha recibido el gran amor de Dios, el cuál le habilita de forma adecuada para poder amarle. Como resultado, todo lo que acontece en su vida –previa condición amar a Dios–, va a colaborar para su bien. Un bien en el hoy terrenal: «*Todo lo que hace, prosperará»* (Sal. 1:3), y lo más relevante, un bien eterno: «*Entra en el gozo de tu Señor»* (Mt. 25:21). Es verdad, no hay nada en este mundo que traiga tanta satisfacción al alma humana, que vivir conforme a la voluntad de Dios, pues ello aporta vida, y vida en abundancia. Es la bondadosa oferta de nuestro Señor: «*Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia»* (Jn. 10:10).

Porque posee una proyección eterna

Nos preguntamos, a través del sentido común, ¿qué importancia conlleva el vivir ochenta o noventa años en este mundo lleno de sinsabores, si lo comparamos con toda una eternidad repleta de satisfacciones? «*Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece»* (Stg. 4:14). Conscientes de la transitoriedad de la vida, corta y efímera, habremos de caminar estrechamente unidos con la eternidad que nos espera. Vivir el hoy con sentido del mañana, es buena medida para no desviar el significado de nuestro paso por este mundo.

Comprobemos nuestro caminar diario, porque el grado de nuestro sometimiento a la voluntad de Dios en el «hoy», marcará nuestro destino final en el «mañana». El estado de privilegio y gozo en los cielos nuevos y tierra nueva, así como nuestra cercanía con Jesús y participación de su gloria, va a depender, con todo, de nuestra labor en este mundo; o mejor dicho, de la labor que Dios haga a través nuestro, porque en todas las cosas habrá de acompañarnos su gran poder e inagotable gracia.

Regresando al texto bíblico de referencia, insistimos en que no parece razonable preocuparse demasiado (afanarse) por los avatares de la vida cotidiana; ya sea empleo, posición económica, estabilidad familiar, enfermedad o salud... Todo ello es como nada si lo contemplamos con los ojos del futuro: «*Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse»* (Ro. 8:18). Con esta visión expectante camina el cristiano fiel, convencido de que la promesa del Señor no tardará mucho en hacerse realidad: «*He aquí, vengo pronto, y mi galardón conmigo...»* (Ap. 22:12).

CAPÍTULO II

REQUISITOS DE LA VOLUNTAD DE DIOS

Es preciso hacer un alto en el camino y preguntar si andamos conforme a la voluntad general de Dios, para de tal manera estar seguros de que su voluntad especial, en forma próspera y benéfica, se cumplirá en nosotros. Y, para poder comprobarlo, tendremos en cuenta tres aspectos fundamentales. Primero, nuestra relación con Dios: entrega, buena disposición, y vinculación con la Palabra y la oración. En segundo lugar, nuestra relación con el entorno: las personas y las circunstancias. Y, finalmente, nuestra relación interior (con nosotros mismos): sentimientos y convicciones. Todo ello, contemplado bajo las señales que el Espíritu Santo, en sus diferentes formas, pudiera mostrar; lo cual veremos con más definición al final del capítulo.

LA RELACIÓN CON DIOS

Recuperar la comunión del ser humano con el Creador, rota desde la caída en el huerto del Edén, es el proyecto inicial que encontramos en sus planes eternos. De todos los verdaderos cristianos, se declara en la Escritura: «*Porque siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo*» (Ro. 5:10).

A continuación observaremos que la propia relación del creyente con su Padre celestial, comprende varios requisitos elementales: Entrega incondicional, conocimiento, aplicación de la Biblia, y la práctica de la oración.

Una verdadera disposición de entrega a Dios

Parece razonable pensar que si Dios es nuestro Padre, deberíamos entonces mantener una buena relación con Él. Ello se alcanza, principalmente, cuando el cristiano entrega su corazón a Dios. No me refiero aquí a la entrega del corazón para «salvación», sino para «santificación». La primera constituye un instante, la segunda requiere de toda una vida.

Rendir nuestra voluntad a la de Cristo, es el primer paso. Y no podemos esperar respuestas del cielo, si en verdad todavía no hemos entregado nuestra vida a Aquel que sí la entregó por nosotros. Es lo que pide el Señor: «*Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos*» (Pr. 23:26).

Para aquel lector que habiendo examinado su vida, así lo considere necesario, puede renovar sus votos realizando una oración de entrega a Dios, implorándole: *iSeñor! aquí estoy, en tu presencia, reconociendo que mi vida sin tu dirección no tiene sentido. Te pido perdón por mi falta de entrega y disposición del corazón. Hoy tomo la firme decisión de hacer tu voluntad. Te entrego mi corazón, mi vida y circunstancias, depositándolo todo por fe en tus poderosas manos, para que cumplas el propósito especial que tienes para mí. Enséñame el camino y guíame a hacer tu buena voluntad. Pongo toda mi confianza en ti y en las promesas de tu Palabra. iEn el nombre de Jesús!*

Después de esta oración, aún cabría preguntarse: ¿Cómo saber, pues, que nos hemos entregado a Dios de corazón, y no es solamente una decisión hecha a la ligera? Veamos seguidamente algunas condiciones bíblicas que nos ayudarán a discernir si verdaderamente hemos entregado nuestra vida, y como resultado andamos en armonía con la providencia divina.

En actitud no egocéntrica

Una entrega desprendida de todo egoísmo: La voluntad de Dios no está orientada para en primer término satisfacer mis necesidades particulares: «*Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites*» (Stg. 4:3). Los planes divinos no se encaminan principalmente hacia los intereses personales, sean de carácter particular, profesional, familiar, e inclusive eclesial. En lo que a propósito de vida se refiere, el énfasis en los «yo» «me» «mi» ha de permanecer ausente del corazón. San Agustín declaró en su rogativa a Dios: «*De sobre todas las cosas que me has de librar, líbrame de mí mismo*». La enseñanza se hace palpable, pues el yo-ísmo es enemigo acérrimo de la voluntad de Dios: «*Ya no vivo yo*» (Gá. 2:20), afirmaba el apóstol en actitud de sincero desprendimiento personal.

La disposición del creyente para seguir la voluntad de Dios no ha de ser ego-céntrica, sino teo-céntrica (pone su énfasis en Theos = Dios), por eso se le llama la voluntad de... Dios. Esto no significa que debemos anular nuestra personalidad, ni que tal decisión contemple el auto desprecio de nuestro ser. La idea reside esencialmente en la intencionalidad, o lo que es lo mismo, en la propia motivación de las acciones: ¿para quién vivimos, y con qué propósito lo hacemos?

El modelo es Cristo, y su ejemplo aleccionador para poder seguirlo: «*Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú*» (Mt. 26:39). No fue fácil para Jesús beber la copa amarga del juicio a causa de nuestros pecados, pero... era la voluntad de Dios.

En sinceridad

La entrega del corazón con sincera disposición: La decisión tomada en ningún modo ha de ser hecha superficialmente. A veces el creyente puede tener cierto deseo de servir al Señor, pero al tiempo los intereses del corazón se dirigen hacia otros lugares que, finalmente, se sitúan fuera del propósito divino. El requisito bíblico es: «*Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón*» (Jer. 29:13). En este sentido, la doble intención no es válida para habitar con integridad en el reino de Dios.

Algunos se jactan de vivir para Dios, pero en la práctica lo hacen para ellos mismos, y así es como se auto engañan. El Señor recriminó al pueblo antiguo por su hipocresía: «*Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí*» (Is. 29:13). La verdadera sinceridad ha de contener siempre el sentido contrapuesto del texto leído, es decir, lo que el cristiano exprese con los labios, ha de mantenerse acorde con la intención de su corazón; y con mayor razón si se trata de nuestra relación con Dios.

En obediencia

Una entrega en actitud de obediencia: Si en verdad somos sinceros con nuestro Creador, deseando además cumplir con su voluntad, desarrollaremos al tiempo una actitud de obediencia a sus mandamientos. Fue la recomendación del profeta Samuel al rey Saúl: «*Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios*» (1 S. 15:22). Aunque, observemos también el significado inverso, porque si la resolución de nuestro corazón se resiste a obedecer, entonces, ¿para qué tanto empeño en querer conocer su voluntad? El encargo de Cristo es notablemente práctico: «*Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis*» (Jn. 13:17).

Es cierto que la obediencia absoluta no existe, dado que el creyente habita todavía en naturaleza pecadora, y por ello la perfección en esta tierra es inalcanzable. Pese a tal incapacidad, se hace indispensable una verdadera disposición a obedecer la voz de Dios. Y es probable que en la práctica fallemos muchas veces. Pero a pesar de toda resistencia al bien, el corazón ha de estar siempre disponible para dejar el pecado, y acercarse a Dios en obediencia a su Palabra. Este fue el propio sentir del salmista: «*Mi corazón incliné a cumplir tus mandamientos*» (Sal. 119:112).

Aquí surge la pregunta: ¿Qué ocurre si pecamos una y otra vez...? La respuesta divina se muestra inequívoca: «*No dejará para siempre caído al justo*» (Sal. 55:22). Lo importante en este asunto es «no permanecer caído». Para nuestra restauración espiritual, la fórmula es bíblica: «*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (1 Jn. 1:9).

Aunque la entrega del alma humana al Dios santo no hace al hombre impecable, resulta obligatorio, en todo caso, una disposición interior a obedecer su Palabra. Si caemos, nos levantamos confesando todo pecado (Dios nos levanta) y, confiando en sus promesas, hemos de proseguir el camino. Y así, en la medida que el cristiano crece espiritualmente, también decrece su natural orientación hacia el mal.

¿Estamos abiertos a escuchar la voz de nuestro Padre celestial, y en consecuencia a obedecerla? Visto el requisito sagrado, sería una presunción fuera de lugar el pretender que Dios añada sus ricas bendiciones a nuestra vida, sin poseer primero una verdadera actitud de obediencia. ¡Que nadie viva tal contradicción!

En Santidad

Una entrega demostrada en santidad: El pecado rompe la comunión del hombre con el Creador, e impide la buena relación con Él. Por tanto, la actitud de obediencia se manifestará en una vida apartada de aquello que no agrada al Señor. Tal disposición llevará al cristiano de forma natural a rechazar el pecado, y de esta manera a crecer en santidad. No fue otro el pensamiento de Dios, ya planificado en la eternidad para todos sus hijos: «*Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él*» (Ef. 1:4).

Esta condición santificadora se muestra en la Escritura en términos de lo que no debemos hacer: «*No os conforméis a este siglo... para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Ro. 12:2). Si queremos comprobar –no solamente saber– la agradable y perfecta voluntad de Dios en nuestra vida personal, entonces haremos bien en no conformarnos (formarnos con) a los valores de esta sociedad, ciertamente estropeada por el pecado... El reconocido escritor Jhon Stott, en su libro el Sermón del Monte, expuso la misma idea: «*Probablemente la mayor tragedia de la iglesia durante su larga y variada historia, ha sido su constante tendencia a conformarse a la cultura reinante, en vez de desarrollar una contracultura cristiana*».

Un creyente, nacido de nuevo, no puede vivir como un incrédulo: «*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo*» (1 Jn. 2:15). A saber, no es compatible el tener un corazón entregado al Señor y en paralelo una vida de libertinaje espiritual, adaptada a los valores de una sociedad grandemente corrompida: «*Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*» (Stg. 4:4). Según la indicación bíblica, si algún cristiano desea apegarse a las cosas terrenales, al mismo tiempo se estará constituyendo como enemigo de Dios. Y de ser así, como es lógico no podemos pensar que el Señor justo vaya a conceder nuestros deseos, cuando realmente éstos se sitúan fuera de su voluntad general.

«*La voluntad de Dios es vuestra santificación*» (1 Ts. 4:3), expone la revelación bíblica. La santificación es sinónimo de crecimiento espiritual, desarrollo personal, madurez, superación, progreso, perfeccionamiento; lo cual entendemos que no proviene de nuestra capacidad humana, sino de Dios: «*Él mismo os perfeccione, afírme, fortalezca y establezca*» (1 P. 5:10). Porque, en la medida que nos vamos despojando del pecado, también vamos creciendo en santidad. La enseñanza se halla aquí en proseguir adelante, pero no por nuestra cuenta, sino en dependencia del poder de Dios, pues solo Él es santo y el que santifica: «*Que el mismo Dios de paz os santifique por completo*» (1 Ts. 5:23).

Analizando bien el significado de «santidad», vemos que ésta en ningún modo reprime la libertad de la persona, sino que más bien la encamina para disfrutar de la vida con mayor intensidad, con excelencia, y en su perspectiva correcta. La santidad también nos ayuda a contemplar el sufrimiento con mayor serenidad, y con verdadero sentido de la eternidad.

Entonces, si nuestro corazón no está dispuesto a vivir en santidad, tampoco podemos esperar que la gracia especial de Dios ampare nuestra vida: «*Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*» (He. 12:14).

En Humildad

Una entrega en actitud de humildad: Aun viviendo en santidad, y con la disposición de rechazar el pecado, no creamos que somos mejores que los demás. El orgullo religioso frena la intervención del Espíritu Santo. Y no podemos ir a Dios con reivindicaciones o exigencias, porque no tenemos ningún derecho, dado que no merecemos nada bueno. Nuestra dignidad está en Jesucristo, no en nosotros. Es por la obra perfecta de Cristo en la Cruz, que a nuestro Hacedor le place santificarnos y capacitarnos para poder vivir bajo su buena voluntad. Somos y siempre seremos insuficientes para tan sublime tarea: «*Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?*» (2 Co. 2:16).

Nuestra imperfección es grande; razón sobrada para mantener una constante apertura de mente, como también de corazón, a las directrices divinas. Así reza la Escritura: «*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, mi mis caminos vuestros caminos*» (Is. 55:8). Aun siendo recto nuestro camino, hemos de saber que tal vez podemos estar errados en muchas de nuestras ideas, o convicciones. En cualquier caso, es conveniente dejar la terquedad de pensamiento, los absolutos en cuestiones relativas, el dogmatismo de las formas doctrinales, los triunfalismos personales o eclesiás, y el complejo de sabelotodo. Reconocer nuestras limitaciones humanas, es el primer paso que abre las puertas a la intervención del cielo: «*Porque Jehová es exelso, y atiende al humilde. Mas al altivo mira de lejos*» (Sal. 138:6).

Siendo el creyente incapaz de realizar el proyecto de Dios por sí mismo, necesita depender de la acción mediadora del Espíritu Santo. Una actitud de humildad, por tanto, nos llevará a recibir de Dios la guía necesaria para marchar con pie firme y seguro. Y con esta humilde disposición, hemos de confiar en que el Buen Pastor nos mostrará el camino: «*Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera*» (Sal. 25:9).

En Confianza

Una entrega hecha con toda confianza: «*Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan*» (He. 11:6). La fe es la medida de todas las cosas en la vida cristiana. La voluntad de Dios, pues, demanda que nuestra vida se rija exclusivamente por fe, y no tanto por vista, que tampoco por sentimientos: «*Por fe y para fe*» (Ro. 1:17).

En el proceso histórico de la salvación, expresado en el Antiguo Testamento, se cumplieron todas y cada una de las profecías dadas por Dios mismo: «*No faltó ni una palabra de las buenas promesas que el Señor había hecho a la casa de Israel; todas se cumplieron*» (Jos. 21:45). Dios es fiel, y todas sus promesas se cumplen en Cristo... En su aplicación más personal, encontramos un sinfín de promesas en la Escritura que forman parte de la voluntad de Dios para sus hijos. Por eso hemos de conocerlas, recibirlas, y confiar en ellas: son los dichos certeros del Todopoderoso: «*Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios*» (2 Co. 1:20).

Ahora, en este punto guardemos suma prudencia, porque en la Escritura hallamos promesas que fueron solamente temporales o específicas para personas y momentos históricos... Siendo esto cierto, nos enfocamos en el sentido presente, porque son innumerables las promesas bíblicas que todavía prevalecen inmutables para todos los cristianos. Tan solo hay que comparar la promesa leída con la enseñanza general de toda la Escritura, en materia de doctrina, para comprender si la promesa sigue vigente o no.

Hacemos bien en revisar nuestros pasos, porque si hasta aquí concluimos en que efectivamente nos hemos entregado a Dios, en decisión no egocéntrica, sincera, obediente, santa, humilde... entonces nos resta el «confiar» en sus promesas establecidas. Promesas que hablan de la providencia divina: del cuidado, la guía, y la provisión de Dios para todo cristiano fiel. En esto, si algún creyente con buena intención se pregunta: *No sé qué camino escoger en esta situación que se me presenta. ¿Me enseñará Dios a tomar la decisión correcta...?* No hay lugar para la incertidumbre. El Señor prometió: «*Te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos*» (Sal. 32:8). Y aunque observamos en el contexto bíblico que Dios se estaba dirigiendo al rey David, el espíritu de la promesa es aplicable perfectamente para nuestros días, puesto que no agrede la «analogía bíblica» (el conjunto de textos bíblicos que hablan del tema).

Con la misma determinación el libro de Los Proverbios nos invita a confiar plenamente en Dios: «*Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes sobre tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas*» (Pr. 3:5,6).

Podríamos destacar aquí infinidad de promesas bíblicas especialmente diseñadas por Dios para todos sus hijos (agenda de trabajo para el lector).

Aceptadas las condiciones de entrega, alguno todavía se podría preguntar: *Cuando la Biblia no me ofrece indicaciones claras, ¿cómo sé cuál es la voluntad de Dios?* La respuesta se determina bajo otra pregunta: ¿Te has entregado verdaderamente?

La Palabra de Dios

Relativo a la voluntad general de Dios

Una vez el creyente ha rendido su alma al Creador, habrá de mantener en forma permanente dicha entrega, lo cual requiere una buena dosis de «perseverancia». Por tal razón, día a día los cristianos hemos de conocer mejor a Dios y su voluntad general. Y ésta, como bien sabemos, se halla impresa en la Palabra escrita, es decir, la Biblia. Es pues, la voluntad de Dios que la leamos, meditemos y estudiemos, en constante actitud de obediencia. En la medida que conozcamos su Palabra, conoceremos mejor el plan general de Dios para nuestra vida.

El conocimiento de la Sagrada Escritura, recibida en forma adecuada, nos permite descubrir los propósitos insondables de nuestro Creador. Éstos contienen enseñanzas universales que todo creyente en Cristo habrá de conocer. Muchas de ellas son de carácter práctico, y relativas a nuestra relación con Dios, con la familia, con la sociedad, con la iglesia, con nosotros mismos, y demás pormenores de la vida diaria. Para tal finalidad, existen multitud de normas, enseñanzas e instrucciones, registradas en la Biblia (el Manual escrito de la voluntad divina) como testimonio de los deseos del Padre celestial para todos sus hijos. Ella nos ofrece luz y guía para andar por camino recto: «*Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbre a mi camino*» (Sal. 119:105).

La Santa Biblia habla de Jesucristo, es el tema central en todas sus páginas: «*Ellas son las que dan testimonio de mí*» (Jn. 5:39), afirmó nuestro Salvador. Por consiguiente, conocer a Jesucristo como el Salvador, y además seguirle como Maestro, forma parte de la voluntad de Dios general para todo cristiano.

Distingamos con claridad, porque en la medida que disponemos nuestro corazón a conocer la Palabra, y también a obedecerla, estaremos abriendo una puerta grande a la aplicación especial de la providencia divina, en su orientación positiva.

Nos preguntamos por la relación que mantenemos con la infalible Palabra de Dios: ¿La leemos, meditamos y estudiamos con regularidad? ¿Mantenemos cada día un tiempo devocional, valorando así el tesoro escrito que Dios nos ha proporcionado?

Relativo a la voluntad especial de Dios

Podemos afirmar, con toda seguridad, que la Biblia es herramienta indispensable para encontrar las respuestas de parte de Dios. Cuando no sabemos bien por dónde dirigir nuestros pasos, o bien son confusas las direcciones, buscamos la guía en los principios generales de la Escritura, que bien nos iluminarán el camino en asuntos personales. Y en dicha búsqueda, en ocasiones hallaremos

versículos, pasajes especiales, o ejemplos de personajes bíblicos, que se destacarán por sí solos llamando nuestra atención, de tal manera que será como rayo del cielo que ilumina toda sombra de oscuridad en el camino.

El Espíritu Santo, bajo su acción iluminadora, puede utilizar cualquier porción bíblica para hablarnos, desde luego. Sin embargo, siempre habremos de respetar la correcta interpretación del texto, pues la Escritura no es de interpretación privada, como hace constar 2 Pedro 1:20.

Siguiendo este orden, nuestras decisiones han de coincidir primero con la voluntad general de Dios, es decir, con el espíritu de toda la Biblia. En contra de lo que algunos practican, no es recomendable el método de escoger textos bíblicos al azar, con el objeto de buscar respuestas acerca de la voluntad de Dios en situaciones difíciles, o que requieran contestación inmediata. Por lo general, no podemos fiarnos demasiado de lo que nos diga un solo versículo, texto o pasaje, para dar respuesta segura a nuestras dudas en contextos de inseguridad personal. Es cierto que Dios mostrará su voluntad a través de su Palabra, en esta forma especial, en el momento que así lo estime oportuno; pero sepamos que no es una regla fija que todo creyente haya de seguir.

En muchos casos la enseñanza general de la Biblia es bastante clara, y nos indica si debemos o no tomar la decisión que nos planteamos. Por ejemplo, si alguien se pregunta: *¿He de casarme con una persona no creyente?* En este caso la Escritura es suficientemente diáfana: «*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos...*» (2 Co. 6:14). Cabe añadir otro ejemplo: A causa de diversos desengaños, son innumerables los creyentes que no desean asistir a una iglesia, ni tampoco tener más relación con otros hermanos en la fe, arguyendo en tal caso que Dios les comprende... ¿Cuál es la voluntad de Dios en esta situación? Una vez más la respuesta es bíblica: «*No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre*» (He. 10:25).

Con independencia de cual fuere la situación, la enseñanza de la Escritura, vista en su conjunto (analogía bíblica ya mencionada), contiene suficiente luz para ayudarnos a tomar decisiones. Dicha luz será más clara y precisa en la medida que conozcamos más ampliamente la totalidad del contenido bíblico. Con esta condición, la Palabra también reafirmará nuestro camino en tanto no nos encontraremos la voz de Dios hablándonos en contra.

Sería recomendable comprobar si nuestro rumbo se aviene a las reglas fundamentales de la doctrina bíblica. Y, si en esta consideración, nos damos cuenta de que caminamos en dirección opuesta, entendamos entonces que es la oportunidad para pedir perdón a Dios, volver al camino recto, y comenzar a disponer nuestro corazón en la dirección adecuada...

La oración

Junto con la lectura y la meditación bíblica, también se hace necesario conservar nuestra entrega a Dios por medio de la oración. La «comunicación» es elemento básico en las relaciones personales, por lo que para mantener una buena relación con Dios, inevitablemente deberemos comunicarnos con Él: «*Mas la oración de los rectos es su gozo*» (Pr. 15: 8).

En la oración sometemos nuestra voluntad a la voluntad del Padre. Por ello, resulta imprescindible permanecer comunicados con Aquel, que estando presente, siempre escucha: «*Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones*» (1 P. 3:12).

Para que nuestra vida cristiana esté sujeta a la voluntad del Creador, hemos de poner constantemente nuestras decisiones en sus poderosas manos. No se trata de orar muchas veces al día, sino de conservar en todo momento un espíritu de oración; teniendo en cuenta la presencia del Señor y su aprobación en todas las áreas de nuestra vida: «*Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas*» (Pr. 3:6). Con gran determinación el salmista pedía a Dios en oración: «*Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios*» (Sal. 143:10).

En contra de lo que algunos piensan, la oración no es una fórmula mágica con la cual conseguimos las bendiciones celestiales. La oración, principalmente, es el espíritu mismo de nuestra devoción a Dios. Por lo cual, cuando oramos, entramos en el santuario divino buscando la comunión con nuestro Bienhechor, para de forma reverente conversar con Él. Y, en nuestra conversación, primero le alabamos, le agradecemos, le adoramos. Despues, confiados en sus promesas, dejamos en sus manos todo asunto, y descansamos en ÉL; sabiendo que todas las peticiones, de acuerdo con su voluntad, serán concedidas: «*Y todo lo que pidiereis al Padre en*

mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Jn. 14:13). Aceptemos de buen grado el consejo bíblico, porque todo creyente necesita hablar con el Padre celestial, para buscar su dirección y aprobación en todas las cosas: «*A Jehová he puesto siempre delante de mí. Porque está a mi diestra, no seré conmovido»* (Sal. 16:8).

¿Puede un hijo de Dios tomar decisiones importantes sin consultarlas con su Padre? De ser así, no esperemos que Dios responda a todas las preguntas planteadas en principio. En la Biblia encontramos el siguiente caso: «*Asa enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos»* (2 Cr. 16:12). Dos años después, el rey murió. De igual forma ocurrió con el rey Saúl: «*Saúl no consultó a Jehová; por esta causa lo mató»* (1 Cr. 10: 14). El profeta Sofonías habló por boca de Dios recriminando a su pueblo: «*Y a los que se apartan de en pos de Jehová, y a los que no buscaron a Jehová, ni le consultaron»* (Sof. 1:6).

Recibamos el consejo, y no dejemos de consultar todas nuestras cosas al Señor, y buscar en ellas el beneplácito de Aquel que todo lo sabe y todo lo puede, máxime cuando el camino es confuso. De esta manera lograremos depender de Dios, así como un niño depende de su padre: «*Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros»* (1 P. 5:7).

¿Qué, y cómo hemos de pedir? A veces no sabemos lo que realmente conviene, ni sabemos pedirlo adecuadamente, pero el Espíritu nos ayuda en nuestras deficiencias personales e intercede por nosotros, nos recuerda Romanos 8:26. Debido a nuestra limitación humana, es obligado poner en sus manos el control de nuestro corazón y nuestros deseos. Y todo ello para no pedir mal, porque en nuestras oraciones por momentos se encuentran peticiones de índole egoista: «*Para gastar en vuestros deleites»*, cita Santiago en su carta.

Recordemos que todas las peticiones respecto a nuestras necesidades, habrán de ajustarse, específicamente, a la voluntad general de Dios ya pre establecida: «*Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho»* (1 Jn. 5:14-16). Subráyese la expresión: «pedimos... conforme a su voluntad».

En resumidas cuentas, el buen Dios sabe qué es lo mejor para nosotros, y desea guiarnos en el camino. Y su expreso deseo, en esta relación paterno-filial, es que sus hijos se comuniquen con Él, sea para adorarle, agradecerle, pedirle, consultarle, etc... Es lo que declara la promesa bíblica: «*Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará»* (Sal. 37:4,5).

¿Estamos poniendo cada día en manos del Señor nuestras dudas, deseos, e inquietudes? ¿Buscamos en oración la aprobación divina en nuestras decisiones personales, por muy insignificantes que parezcan?

LA RELACIÓN CON EL ENTORNO

Hasta aquí hemos visto que para vivir conforme a los designios divinos, hemos de iniciar una buena relación con Dios, entregando nuestro corazón a Él, y manteniendo esa entrega a través de la lectura de la Palabra y la práctica de la oración. Si, pues, conservamos una buena relación con el Creador, podemos estar seguros de que al mismo tiempo conservaremos una buena relación con nuestro entorno.

Concerniente a la voluntad general de Dios

En esta línea de pensamiento que estamos trazando, admitimos que Dios aplica sus fieles promesas –condicionales– a nuestra vida personal, teniendo presente el cumplimiento, por nuestra parte, de su voluntad general. Y ésta contempla, además de una correcta relación con Dios, también la necesaria relación con el entorno. Es labor nuestra, por tanto, examinar la interacción que mantenemos con aquello que nos rodea, bien sean personas o circunstancias.

Relación con la iglesia

El cristiano, desde su conversión, ha sido hecho partícipe de un pueblo, un rebaño, una familia, un cuerpo, y demás figuras bíblicas asociadas al concepto de Iglesia. Luego, la Iglesia, en esta concepción, es un proyecto del cielo que Dios utiliza para aplicar su voluntad en todo creyente; y en ninguna manera podemos desecharla.

En actitud correcta deberíamos preguntarnos: ¿Busco la comunión espiritual con otros cristianos? ¿Pongo mis dones a disposición de la iglesia? ¿Me preocupo por los problemas de los demás, e intento serles de ayuda? ¿Recibo con solicitud y humildad los consejos de mis hermanos en la fe? ¿Asisto a las personas nuevas en la iglesia, y colaboro para su integración...?

Relación con la familia

La familia, sean matrimonio, padres o hijos, son la base social donde construir el reino de Dios en la tierra. Nos preguntamos: ¿Mantenemos con regularidad reuniones familiares, donde la Palabra y la oración estén presentes? O bien le damos paso a la televisión, a Internet, o a otros entretenimientos que no edifican, relegando la Palabra a un segundo plano...

Acerca del matrimonio: ¿Hacia dónde giran nuestras conversaciones u objetivos familiares? ¿en torno solo a preocupaciones terrenales?

Sobre nuestros hijos: ¿Educamos desde el hogar a nuestros hijos en el temor de Dios? ¿Les enseñamos la Palabra desde su tierna infancia, y los encaminamos en los propósitos divinos? O, tal vez nos desentendemos, dejando que las nuevas tecnologías o demás influencias terrenales se encarguen de su educación...

Relación con vecinos, compañeros de estudio o trabajo

Nuestras relaciones sociales, fuera de un entorno familiar, cristiano o eclesial, son verdaderamente importantes en los propósitos celestiales. No podemos pensar que la vida espiritual es solo patrimonio de los domingos, o que la evangelización sea un mero acto de culto en el entorno de una congregación. Nuestra vida social, entendida como proyecto divino, también se incluye en la voluntad especial de Dios.

En este aspecto consideraremos si tenemos cuidado de dar buen testimonio delante del mundo, o más bien nos adaptamos cómodamente a los valores del presente siglo... ¿Aprovechamos las oportunidades que Dios nos presenta para dar testimonio de nuestra fe? O desistimos de todo compromiso cristiano. ¿Intentamos conservar nuestra vida cristiana apartada de las influencias pecaminosas que nos rodean? O descuidamos el testimonio cristiano, debido a la falta de fe e integridad espiritual...

Relación con la economía

Los cristianos reconocemos que todo lo recibimos de Dios, y que a la vez somos administradores de su economía. Entonces, ¿por qué la ofrenda a Dios es más bien algo secundario? ¿Dónde invertimos, en el banco de este mundo, donde las riquezas no permanecerán, o en el banco del cielo, donde disfrutaremos por la eternidad de los intereses producidos? ¿Compartimos nuestros bienes generosamente con los necesitados? ¿Dónde está nuestro tesoro, o dicho de otro modo, quién o qué representa nuestro tesoro en esta vida...?

En definitiva, si estamos fallando en el área de la relación con nuestro entorno, resultaría una clara presunción el pretender conocer la voluntad de Dios en el área de las propias necesidades particulares... Cabría más bien primero revisar todo lo mencionado, para comprobar si en estos aspectos, como en otros, nuestra voluntad armoniza con la de Dios. De lo contrario, se hará necesario primeramente reconducir nuestro rumbo espiritual en forma adecuada: «*El hombre entendido endereza sus pasos*» (Pr. 15:21).

Concerniente a la voluntad especial de Dios

¿Cómo saber cuál es la voluntad específica de Dios en circunstancias especiales...? Todo camino que hayamos de andar, o decisiones que vayamos a tomar, han de estar en línea con la voluntad general de Dios, como venimos recalando. Con esta especial atención, hemos de observar nuestro entorno, y ver si tenemos el apoyo de la Palabra, la iglesia, la familia, los amigos, las circunstancias que nos acompañan, etc. En muchas ocasiones seguro que encontraremos indicaciones, sean éstas a favor o en contra de nuestras previsiones.

También puede ocurrir que yendo por camino recto, todo alrededor gire en contra de nuestras perspectivas. Si así fuese, no nos preocupemos, porque en su momento y de la forma más oportuna, el mismo Señor se encargará de hacernos saber su buena voluntad. Profetas como Elías, Ezequiel, Jeremías, Habacuc, y otros, tuvieron en contra muchas personas y acontecimientos, pero Dios en ningún momento les desamparó, y al tiempo determinado les hizo saber su voluntad. Por ello la Biblia descubre que «*la comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto*» (Sal. 25:14).

En relación con la iglesia

Debemos aclarar que cuando hablamos de iglesia, no nos referimos exclusivamente a la iglesia local, sino más bien al conjunto de hermanos en la fe con los que pudiéramos tener comunión. El cristiano, por lo general, es una oveja torpe que muy fácilmente se descarría. Y es debido a nuestra humana debilidad, que el Buen Pastor decide pastorear a sus hijos a través de su pueblo. La iglesia es el pueblo de Dios, y Él desea utilizarla como herramienta de orientación para aplicar su voluntad especial en la vida del cristiano. La pregunta parece obligatoria: A la hora de tomar decisiones, ¿estamos abiertos a recibir los consejos de nuestros hermanos en la fe?: «*Atended el consejo, y sed sabios, y no lo menospreciéis*» (Pr. 8:33).

Aunque es cierto que los consejos, por sí solos, no pueden determinar la resolución de nuestras dudas, se hace necesario el prestar buena atención a las personas que nos rodean, sobre todo a nuestros hermanos en la fe, pues tal vez Dios nos proporcione señales por medio de ellos, máxime si las opiniones vertidas son coincidentes. Resulta apropiado, por tanto, buscar consejo en personas maduras espiritualmente, sean pastores, líderes, u otros hermanos con experiencia en la vida cristiana. Añadido a estos consejos, también podemos aceptar recomendaciones de allegados no creyentes, bien sean familiares directos o personas de entornos conocidos, que Dios puede utilizar para hablarnos.

Asimismo, rechazar el empleo de los dones que el Espíritu ha otorgado a la iglesia, es un grave error. Muchos viven apartados de la gracia especial de Dios por no tener presente el Cuerpo de Cristo. No son pocos los que hoy descuidan la voz del Señor evocada a través de su pueblo; los que seducidos por las cosas temporales, extravían su corazón del verdadero camino. Algunos, después de haber recibido indicaciones celestiales, lamentablemente cierran sus oídos a toda recomendación: «*Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia el consejo*» (Pr. 13:18).

En relación con las circunstancias personales

Para recibir respuesta a las preguntas introductorias, es recomendable hacer una pausa en el camino, y comprobar si los pasos que estamos dando se ciñen al espíritu de la Palabra; si tengo que confesar algún pecado, o reafirmar alguna virtud: «*Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos*» (Pr. 4:26). Cada decisión en la vida requiere un previo análisis, para sobre todo no incurrir en malos entendidos, o en interpretaciones erróneas de aquellas señales recibidas por parte del Espíritu Santo.

El Dios proveedor facilita al cristiano fiel aquello que necesita, incluyendo las circunstancias que le acompañan. Para ello abrirá o cerrará las puertas que así considere adecuado, sobre cualquier aspecto de la vida: profesional, familiar, conyugal, eclesial, económico, ministerial, etc. Hemos de saber que mientras las puertas se hallen cerradas, significa que de momento los proyectos de Dios van por otro camino, y así habremos de aceptarlo. Sería del todo inapropiado, pues, el decir que vivimos por fe, y al tiempo desconfiamos de la guía de nuestro buen Padre y de sus fieles promesas.

Al apóstol Pablo y sus colaboradores «*les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia... intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió*» (Hch. 16:6,7). Así es como, en ocasiones, el Espíritu Santo cierra las puertas en la vida del creyente y no permite que avancen las circunstancias; poniendo Dios mismo los impedimentos que considera necesarios, para garantizar la correcta guía y protección de sus hijos.

A veces las respuestas de Dios se comparan con las luces de un semáforo. En rojo, si la respuesta es un «no». En verde, un «sí». O en amarillo, un «espera».

Si hemos comenzado un camino determinado, y percibimos que no hay indicadores en contra, o sucesos que lo impidan, entenderemos que las puertas permanecen abiertas, y como norma habremos de seguir adelante confiando en Dios. En esta confianza andaremos la senda estrecha, sabiendo que su poderosa intervención puede disponer las cosas de modo que nos libre de tomar decisiones equivocadas, o bien guiar las circunstancias de manera que nos faciliten la orientación correcta, aun sin entender el «cómo» o el «porqué». Si en verdad buscamos hacer la voluntad de Dios, en ningún caso nuestro Padre dejará que nos desviemos, «*porque Él tiene cuidado de vosotros*» (1 P. 5:7).

Así, mientras las puertas permanezcan abiertas y no haya impedimento alguno, debemos seguir avanzando, como buenos peregrinos, hacia la ciudad celestial. En cambio, si el semáforo se encuentra en rojo y las puertas se cierran, habremos entonces de aplicar humildad y aceptar cualquier situación; en ningún caso rebelarnos contra el destino. Toda rebelión crea descontento, y con el tiempo puede generar raíz de amargura interior. Lejos de dar cabida a la queja, hemos de contentarnos en cualquier situación; convencidos, a la vez, de que por muchos cerrojos que amarren las puertas, tales cerrojos los puso Dios.

Por otro lado, estando el semáforo en el amarillo de la espera, tampoco la providencia divina está encaminada a resolver las incógnitas de nuestro destino, o contestar preguntas específicas sobre el mañana, en una especie de adivinación futura. Son muchas las ocasiones en las que para que aprendamos a esperar, Dios guarda silencio... Y en este misterioso silencio, pudiera parecer que Dios está ausente. Pero, aun hallándonos en plena oscuridad, Él «*es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros*» (Ef. 3:20).

En esta misma línea, algunos creyentes buscan primero resolver sus problemas, para según se cree, poder servir mejor al Señor. Así se alarga el tiempo y los problemas no se resuelven, y se cae en el desánimo. Como resultado, el servicio al Señor queda relegado a un mañana incierto... Aun con problemas y aflicciones, nuestra intención ha de dirigirse hacia el «hoy». Nuestra obediencia al Señor es para el «aquí» y el «ahora». ¿Qué quiere Dios de mis circunstancias actuales? perduren por un minuto, horas, días, o por toda la vida. ¿Cómo tengo que obrar en el lugar donde estoy, con los recursos que ahora tengo...? Sin depender de la situación en que nos encontramos, hemos de buscar su voluntad en el presente, para que también el futuro no sea incierto. De todas formas, el porvenir estará en buenas manos si confiamos en las promesas de nuestro Padre, pues el mismo afirmó: «*Yo soy Jehová Dios tuyo, que te enseña provechosamente, que te encamina por el camino que debes seguir*» (Is. 48:17).

Dios puede comunicarse hoy en multitud de formas, como crea conveniente, y a veces de manera sorprendente o milagrosa. El Todopoderoso se encargará de utilizar lo que bien le plazca, para que entendamos su mensaje con claridad. Aparte de su Palabra, y otros medios ya citados, además utiliza las herramientas naturales de la vida cotidiana; vemos como utilizó un viento recio para separar el mar rojo, según el libro de Éxodo 14:21. Sin duda hoy nuestro Dios dispone de los elementos que Él ha creado para hablarnos de forma natural, o bien para directamente despejar todo camino.

Ahora bien, visto como regla habitual, las indicaciones aisladas no deberán ser determinantes para hallar respuestas. Sino que tales indicaciones se habrán de analizar globalmente con todas las demás, para poder hacer una completa valoración. Sepamos que «*Satanás se disfraza como ángel de luz*» (2 Co. 11:14), y por ello no podemos guiarnos solamente por señales puntuales, bien que resulten de la lectura de la Palabra, de la recomendación de la iglesia, o de los entornos personales. Así, todas las señales recibidas tendrán que valorarse en conjunto, con el objeto de llegar a una conclusión adecuada sobre cualquier situación o decisión que vayamos a tomar.

LA RELACIÓN CON NOSOTROS MISMOS

Una vez examinados los acontecimientos que nos rodean, añadimos aquí un factor no menos importante, esto es, un auto análisis de nuestro propio ser interior: alma y corazón al descubierto, es decir, una observación minuciosa de nuestros pensamientos, sentimientos e intenciones, comparándolos a través de la revelación bíblica, con los pensamientos, sentimientos e intenciones de Dios... En esta esfera –la del espíritu–, el Señor puede proporcionar señales, que aunque impalpables, han de tenerse en cuenta. Y, para facilitar su comprensión, habremos de valorar nuestro estado actual, anímico y espiritual: «*Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos no seríamos juzgados»* (1 Co. 11:31). Un autoexamen de conciencia, por tanto, es tarea imprescindible para no ser reprendidos por Dios.

Resulta provechoso realizar frecuentemente un viaje a nuestro desconocido mundo interior, para analizar reflexivamente sobre las causas de nuestros afectos, sentimientos, impresiones, dudas, convicciones, etc., y juzgar si todo ello se encamina de forma correcta según la voluntad general de Dios: «*Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos...»* (2 Co. 13:5).

Hemos de permanecer atentos a las señales, porque el Espíritu Santo también puede utilizar nuestro fuero interno, ya que no en vano habita en el corazón del creyente: «*¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»* (1 Co. 3:16).

Prestemos atención, porque podemos fracasar en la vida espiritual a causa de no examinar bien nuestra alma. Y muchas veces el fracaso es motivado por una actuación precipitada; por un impulso del corazón que nos lleva a tomar decisiones ciertamente erróneas. Como ya mencionamos anteriormente, el corazón humano no sabe esperar, y en ocasiones tampoco quiere... Si nos preguntamos por qué Dios no evita el fracaso de sus hijos, la respuesta se muestra sencilla: El Padre celestial promete guiar, proteger y bendecir, la vida de todo aquel que le ama de corazón; por lo que, naturalmente, no sabemos bien qué intenciones esconde el corazón del creyente que desvía su camino.

Convicción del alma

El cristiano que desea consolidar sus caminos, no ha de olvidar hacer primero una verdadera revisión del alma, reafirmando así sus propias convicciones personales. «*Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba»* (Ro. 14:22). Muchas de esas convicciones pueden provenir del Espíritu Santo, que de algún modo nos indicará el estado espiritual, y también los pasos que debemos seguir en el camino.

Visto en el sentido paralelo, si estamos convencidos positivamente en nuestro interior, respecto de cualquier situación o decisión tomada, y no percibimos la voz de Dios hablando en dirección contraria, hemos de creer entonces que nos hallamos en el camino recto; confiando, asimismo, que si andamos equivocados, el Buen Pastor se encargará de hacernos saber: «*Así que... si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios»* (Fil. 3:15). Con esta indicación bíblica, aceptemos que a la equivocación, sea por ignorancia o por deliberación, no se le puede llamar equivocación; porque la vida del cristiano, fuera de la voluntad de Dios, en ningún caso se presta equivocada, sino descarriada.

Convicción del corazón

Manteniendo la prudencia necesaria en lo concerniente a las emociones, es menester atender al corazón, y estar alertas a todas las impresiones provenientes de nuestro ser interior: «*Amado, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios»* (1 Jn. 3:21). Aceptemos en buena medida que el corazón, como la base de nuestros sentimientos, deseos, impulsos, emociones, voluntades, aspiraciones, etc., es un bien creado por Dios, y por consiguiente un medio que utiliza para aportar claridad a nuestros caminos... Acertadamente se pronunciaba el matemático y filósofo cristiano, Blaise Pascal: «*Es el corazón el que percibe a Dios y no la razón»*.

También ocurre, que con este pensamiento se producen declaraciones bastante comunes entre algunos creyentes, como por ejemplo: *iel Señor me dijo!* o *isiento en el corazón que este es el camino que debo seguir!* Frente a expresiones tan subjetivas, tengamos en mente lo que la Escritura enseña, que el corazón es engañoso y perverso, según Jeremías 17:9; y por ende, como parece sensato, no deberíamos confiar solo en nuestros propios sentimientos, deseos o emociones, para tomar decisiones o bien reafirmar nuestras impresiones personales.

No obstante lo dicho, es verdad que en momentos especiales, Dios puede mostrarnos el camino produciendo una mayor convicción en el corazón sobre cualquier tema o decisión que vayamos o no a tomar. Muchas son las situaciones en que no sabemos bien cuál es el camino que debemos seguir, ni cómo pedir al Señor que nos guíe convenientemente. Pero, no hay que preocuparse en exceso, pues el Espíritu intercede por nosotros: «*Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles*» (Ro. 8:26). Así es, debido a nuestra torpe naturaleza pecadora y evidentes limitaciones humanas, precisamos de la ayuda del Espíritu Santo para poder recibir una correcta orientación. La promesa bíblica no se muestra confusa: «*Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad*» (Ro. 8:26).

Tal vez no sepamos cuál sea la voluntad de Dios en un caso u otro, pero Dios que conoce bien nuestro corazón, y también su voluntad especial para nuestra vida, no nos deja solos en medio de la duda: «*Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos*» (Ro. 8: 27). El Omnipresente examina nuestro corazón, y de alguna forma que no comprendemos, intercede produciendo convicciones personales, que simultáneamente se convierten en indicadoras de su voluntad. El mismo Señor concluyó: «*Yo soy el que escudriña la mente y el corazón*» (Ap. 2:23).

Convicción del intelecto

Una vez más la condición del texto bíblico resulta categórica: «*Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Ro. 12:2). Toda transformación espiritual dependerá, en suma, de la renovación del intelecto; conformando el pensamiento humano al pensamiento renovador de la Palabra divina. No es tarea fácil, pero de esta forma, que no de otra, podremos experimentar la agradable y perfecta voluntad de Dios.

El sabio Creador tiene a bien utilizar aquello que Él ha creado, y desde luego que la mente es instrumento útil: «*Cada uno esté convencido en su propia mente*» (Ro. 14:5). Por lo general, cada decisión tomada –primero puesta en manos de Dios– ha de pensarse con calma; y una vez pensado, llevar «*cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo*» (2 Co. 10:5). Con esta condición, estemos seguros de que la intervención invisible del Espíritu Santo guiará nuestros pensamientos a favor o en contra, pues Dios ha creado mentes razonables. Este es motivo suficiente para no dejarnos llevar por el corazón, sin primero utilizar la razón. Por ejemplo, alguno puede afirmar, sin previa reflexión: *isiento que El Señor me envía como misionero/a a otro país para evangelizar...!* cuando hallamos que en el barrio donde vive todavía no ha compartido el Evangelio con ninguna persona... Como en todas las cosas, utilizar el sentido común es buena medida para no extraviar nuestras motivaciones personales.

Señalamos aquí, que la intermediación de Dios sobre el intelecto no se supeditó solamente a los apóstoles, sino que hoy es perfectamente aplicable, en buena medida, a todos los verdaderos creyentes: «*Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho*» (Jn. 14:26). El espíritu de la promesa bíblica, que subyace al texto, se hace presente cuando el Espíritu Santo nos enseña el camino. Y, para ayudarnos en dicha tarea, ocasionalmente trae a nuestra mente textos bíblicos, ideas, pensamientos, convicciones, experiencias, etc., que contribuyen notablemente al esclarecimiento de su voluntad.

Convicción interna por la Palabra

La mayoría de las veces, la convicción de la mente y del corazón se genera por la lectura y meditación serena de la Palabra, que no por casualidad el Espíritu Santo la inspiró. Con bastante frecuencia ocurre que un texto, o versículo bíblico, sobresale de tal forma que nos martillea el alma, indicándonos nuestro estado interior. Fue lo que ocurrió con el monje agustino llamado Martín Lutero, padre de la Reforma protestante (históricamente hablando), que recibió el impacto del Evangelio a través de un versículo bíblico: «*Mas el justo por la fe vivirá»* (Ro. 1:17).

Así sea general como particular, la voluntad de Dios es confirmada en nuestro ser interior por la Palabra. No parece nada extraño, «*porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu...*» (He. 4:12). Igualmente, cuando leemos la Biblia con buena disposición, la voz del Señor se manifiesta en lo más íntimo de nuestro ser, bien sea en la misma dirección de nuestros sentimientos, o en la opuesta. En ambos casos, será primordial adoptar una actitud de humildad y sumisión, para poder aceptar la palabra de Dios y no la nuestra: «*Dios atiende al humilde, pero al soberbio mira de lejos*», cita Salmos 138:6.

No ampliaremos aquí el tema, ya que hemos hecho mención en el apartado de la voluntad especial de Dios y la Palabra.

Convicción del Espíritu Santo

Todo cristiano verdadero ha sido adoptado por el Padre. Y, como hijo, es tratado por parte Dios de una forma especial, ofreciéndole la necesaria guía y dirección en todo asunto, sea de carácter público o privado: «*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*» (Ro. 8:14). El Maestro Jesucristo nos dejó su fiel promesa: «*Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...*» (Jn. 16:13). Nótese la expresión «*os guiará a toda la verdad*». Es cierto que los apóstoles fueron inspirados por el Espíritu Santo para transmitir la Palabra de Dios (Nuevo Testamento), y esta acción divina es insustituible e irrepetible. Sin embargo, en el testimonio bíblico queda claro que el Espíritu de Dios nos ilumina -en ocasiones de forma imperceptible-, para saber cuál es el camino. Y en este camino nos puede ayudar a resolver muchas dudas, bien sean sobre futuras decisiones que hayamos de tomar, o sobre cualquier situación actual que nos afecte personalmente.

Reconocemos que el Espíritu Santo interpela a nuestro espíritu respecto de la salvación: «*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*» (Ro. 8:16). De la misma manera, a veces, sin que lleguemos a entenderlo muy bien, hay un testimonio interno del Espíritu que en determinados momentos alumbría nuestro andar diario; recibiendo una especial ayuda en las decisiones que vayamos a tomar, o en diversas circunstancias personales que hayamos de cambiar, o en cualquier caso aceptar. Recordemos el texto bíblico: «*El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad*» (Ro. 8:26).

Nuestro Señor Jesucristo, hablando sobre el Espíritu Santo, aseguró: «*Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado*» (Jn. 16:8). La labor del Espíritu Santo es convencer al pecador de su error. Pero, puesto que también vive en los cristianos, podemos asegurar que así hagamos las cosas bien o las hagamos mal, de alguna forma el Espíritu nos va a convencer de ello. Luego, hemos de permanecer sensibles a su voz, que nos defiende o acusa, nos convence de pecado o por el contrario afianza nuestros caminos.

Convicción por el fruto del Espíritu

Para obtener una profunda convicción de la voluntad especial de Dios, es preciso mantener nuestro espíritu receptivo a los frutos del Espíritu Santo. Por ello, la inspección periódica del alma es tarea de todo cristiano, con la finalidad de poder identificar, en mayor o menor medida la manifestación del Espíritu, que se hace presente en el amor, gozo, paz, paciencia... Véase Gálatas 5:22. De todas las virtudes producidas por el Espíritu Santo en el corazón del creyente, cabe destacar entre ellas: «la paz de Dios». A saber, si se experimenta

paz en el corazón, es buena indicación. Mala indicación sería el mantener por largo tiempo conflictos espirituales, disconformidad interior, quejas, insatisfacción, y demás síntomas opuestos al fruto del Espíritu. No por demás el salmo cita: «*En tu presencia hay plenitud de gozo*» (Sal 16:11).

«*La paz os dejo, mi paz os doy*» (Jn. 14:27), fue la promesa del Buen Pastor. La tranquilidad de conciencia, generada por la paz de Cristo, es señal de que nuestro rumbo parece seguro. Empero, también es verdad que hay quien dice tener la conciencia tranquila, llevando a la vez una vida desordenada. Tal confesión no es más que la versión mundana denominada «conciencia endurecida». Por esta razón, entre otras, las convicciones del corazón se han de contrastar con la experiencia de vida cristiana, y ésta en clara comparación con las indicaciones de la Palabra divina, para que de tal manera nuestra impresión permanezca segura y estable.

No cabe duda de que el Señor puede guiar nuestra mente y corazón, y así hablarnos de modo que aquello que pensamos y después decidimos, sea conforme a su buena voluntad para nuestra vida... Hemos de preguntarnos: ¿Logro experimentar, con mayor o menor intensidad, el fruto del Espíritu? ¿La Palabra convence a mi corazón de que estoy en lo correcto? ¿Tengo paz interior? ¿Cómo me da testimonio el Espíritu, a favor o en contra?

En fin, como ya venimos apuntando, se han de recoger todas las señales descubiertas para examinarlas en conjunto. Solo de esta manera podremos responder con seguridad a muchas de las preguntas planteadas en principio, y que conciernen a la especial voluntad de Dios para cada hijo suyo.

CAPÍTULO III

LA ACEPTACIÓN DE LA VOLUNTAD DE DIOS

Aceptar la voluntad de Dios, con independencia de nuestras circunstancias personales o predicciones futuras, constituye una decisión que todo creyente, en algún momento de su vida, habrá de tomar. Por ello, he querido dedicar al tema un capítulo aparte, pese a su corta extensión de contenido en comparación con otros capítulos.

Podemos afirmar, con cierta seguridad, que uno de los motivos del fracaso en la vida cristiana, es la falta de aceptación. Una vez el hijo de Dios logra mantener buena relación con su Padre, obteniendo plena convicción de la Palabra, de los acontecimientos, y de las impresiones del corazón, le restará el aceptar los planes divinos, sean cuales fueren, tanto presentes como futuros.

La aceptación de la voluntad de Dios, que es hecha desde nuestro interior, conlleva la decisión voluntaria de recibir con valentía todo lo que viniere, sea bueno o aparentemente malo. Bien es cierto que tenemos que luchar por cambiar todo lo que a primera vista parezca malo o negativo, y hacer lo que buenamente esté en nuestra mano con tal intención. Ahora, de no poder cambiarlo, en ningún caso hemos de caer en la desesperación, porque Dios sabe bien lo que necesitamos, como venimos señalando. Así testificaba el apóstol a los gentiles: «*He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación*» (Fil. 4:11).

Son muchas las ocasiones en que el cristiano pasa por adversidades, y sucede que a veces son observadas por nuestra percepción a modo de injusticia personal. Por ejemplo, en cuanto a la enfermedad o sufrimiento: *¿Por qué a mí?* En cuanto a las privaciones: *¿Por qué a él/ella sí y a mí no?* Desde una impresión superficial, pareciera que Dios está siendo injusto con el escenario de nuestra vida, y de manera consciente o inconsciente surge la negación y el descontento; no nos conformamos a la actual o nueva situación... Personalmente escuché a un miembro de una iglesia, en su oración, casi amenazar a Dios, debido a la dura prueba que estaba soportando y que al parecer no aceptaba. Como en este caso algunos quizá no amenacen, pero sea manifiesta, o encubiertamente, se enfadan con Dios echándole la culpa de sus desgracias. Esto ocurre por no comprender en su verdadera dimensión los decretos de Dios, ni tampoco su gracia benevolente, la cual sin merecerla, nos aporta ayuda en medio de la aflicción. Por eso, la recomendación bíblica es estar «*contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré*» (He. 13:5).

El que no acepta la voluntad proveniente del cielo, por muy oscura que pudiera parecer, es porque de alguna manera cree tener derecho a su propio bienestar, a recibir aquello que pide o reclama. Tal persona no entiende la gracia de Dios, porque a la vez no entiende la pecaminosidad humana. Los cristianos, pese a ser salvos, todavía somos culpables y merecedores del mal. Por lo cual, si tenemos derecho a algo, es a sufrir las consecuencias de nuestro pecado, y en ningún caso a recibir el bien. ¿Qué merecemos realmente...? Veamos, el criminal que ha cometido un homicidio, incluso cuando su delito haya sido pagado, será siempre culpable por ese delito. El hecho de cumplir con la pena impuesta por el juez no lo convierte en inocente. Por ello, los cristianos, aun siendo

redimidos por Dios, todavía nos hallamos culpables; y si algo o mucho de bien recibimos, es solo por gracia y a causa de la obra de Cristo, que asumió el pago de nuestra condena; motivo entonces de agradecimiento y no de queja.

Decir sí a la providencia divina, en cualquier entorno y por tenebroso que parezca, es asumir con toda confianza nuestra realidad presente, aceptando con humildad toda prueba que pudiera sobrevenir. De esta forma, hacemos nuestra la oración modélica de Jesús: «*Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*» (Mt. 6:10).

De no aceptar cualquier situación de privación o carencia, ¿cómo entonces aplicaremos el salmo 23?: «*El Señor es mi pastor, nada me faltará...*». La expresión bíblica «nada me faltará», que también se traduce del hebreo por «nada me falta», es aceptar que en Dios lo tengo todo, y no hay absolutamente nada que me pueda faltar para llevar a cabo sus planes. Planes que, como venimos expresando, están preparados con anterioridad al tiempo y al espacio de nuestro mundo temporal.

Si damos por buena la llamada «teología de la prosperidad», practicada por algunas iglesias llamadas cristianas, la rica provisión prometida de Dios para sus hijos, entraría en contradicción con la vida de pobreza y enfermedad que muchos cristianos han padecido a lo largo de la Historia. Ya mencionamos el caso de Lázaro como ejemplo paradigmático. La vida de Jesús, o del apóstol Pablo, también podrían ser referencia máxima de precariedad y tribulación. Pero, no hay contradicción, ya que la mente humana interpreta las cosas con las gafas de la cultura que le rodea; y en nuestro caso, es la cultura del bienestar, incluida la extrema mentalidad materialista de nuestro Occidente cristianizado, cada día más alejado de Dios. La advertencia bíblica es la siguiente: «*Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*» (Lc. 18:8).

Aceptemos los acontecimientos de nuestro pasado, presente y futuro, como las partes representativas de la prueba, o dicho de otro modo, como el examen de nuestra vida. Unos exámenes vendrán de forma natural y no podremos evitarlos; habremos de aceptarlos de buen grado, y situarlos en las manos de Dios para que Él se glorifique. Otros, serán la consecuencia de vivir una vida de fidelidad al servicio de nuestro Señor. Esta fue la advertencia de Pablo a Timoteo: «*Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución*» (2 Tim. 3:12). El mismo Jesucristo ya lo predijo: «*En el mundo tendréis aflicción*» (Jn. 16:33). No podemos negarlo, la voluntad general de Dios supone mandamientos cuya obediencia comportan diversas pruebas, y a veces no pequeñas. La Escritura está repleta de ejemplos... Sin ir más lejos, predicar el Evangelio es un verdadero reto en nuestra cada vez más incrédula sociedad, y ello conlleva rechazo e incomprendición, y en los peores casos, la muerte.

Como es de esperar, en las pruebas se habrá de pagar un precio, sea privación, esfuerzo, sufrimiento, escasez, incertidumbre, o demás contratiempos... Por lo cual, antes de asentir con la cabeza y aceptar toda previsión futura, hemos de considerar el precio. En verdad no sabemos el precio que hemos de pagar en el futuro. Muchos son los creyentes fieles que a lo largo de la Historia han pagado con sus propias vidas a causa del testimonio cristiano. Leemos en el libro de Los Hechos que Esteban, en plena juventud, dio un magnífico testimonio a los líderes judíos del momento, asumiendo su particular examen con valentía. Ciertamente podría haberse librado de la muerte si su boca hubiera estado cerrada, pero... aceptó la prueba que le correspondía especialmente a él, y no le importó morir por el nombre de su Señor.

Pese a cualquier difícil pronóstico, la confianza en Dios nos permite aceptar con optimismo todo lo que pudiera venir, porque no en vano descansamos en las manos del Todopoderoso. La actitud del apóstol Pablo fue de absoluta conformidad: «*En todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad*» (Fil. 4:12).

Es verdad que hay cristianos que prefieren evitar todo tipo de pruebas (algunas inevitables), aunque éstas sean por determinación divina, y se entiendan como la especial voluntad de Dios para sus vidas. Así es como después de haber recibido la luz del mandamiento, muchos escapan –tal como lo hizo Jonás–, mirando hacia otro lado... Con todo, nadie puede ignorar lo determinado por el Creador, porque múltiples son las formas en las que revela a sus hijos cuál sea su voluntad. Por lo que, sea pequeña o grande la luz recibida de parte de Dios, no deberemos en ningún caso desecharla: «*Andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas*» (Jn. 12:35).

Sirva a modo de prueba el ejemplo del patriarca Abraham. Por lo que sabemos él entendió que debía entregar a su hijo Isaac, y que dicha petición era la voluntad divina para ese preciso momento. Trayendo, pues, el ejemplo a nuestros tiempos, algunos cristianos reciben la luz del mandamiento, pero en ningún modo están dispuestos a entregar aquello que más quieren: «sus hijos» (sea literal o metafórica la aplicación). No querer obedecer, es no querer pasar la prueba. Descubramos el panorama, porque son muchos hoy los que se auto engañan, y aun teniendo poca o mucha luz, hacen la vista gorda, resistiéndose a la voluntad de Dios. Y, para conseguir sus objetivos prefieren luchar con las propias fuerzas, en el cumplimiento de sus deseos. No parece extraño, como advirtió el Señor, que las tinieblas les atrapen.

Claro está que la futura voluntad de Dios probablemente no siempre será a mi medida, o como yo imagino, deseo y espero, según mis aparentes necesidades. C. H. Spurgeon, predicador y evangelista del siglo XIX, dijo: *«Si hubiera una esquina donde yo tuviera la garantía divina de que trabajando como limpiabotas Dios podría ser más glorificado que lo es mientras doy testimonio ante una gran congregación, agradecería la información, y le obedecería»*. Este reconocido predicador decidió glorificar a Dios en su vida, y por lo tanto estaba dispuesto a aceptar cualquier propuesta proveniente del cielo. Ser limpiabotas o predicador de una gran iglesia, dependerá siempre de la providencia divina, que en cualquiera de los dos casos habremos de aceptar con humildad. No obramos con justicia cuando ocupamos un lugar que no nos corresponde, ya sea en la iglesia o en la vida cotidiana. A cada cristiano le corresponde su lugar, y así hemos de aceptarlo, dado que es el preparado por Dios para nosotros.

Agustín de Hipona, el más ilustre teólogo del siglo IV, confirmaba la enseñanza: *«¡Qué bueno es Dios para los que no se lamentan, para aquellos que someten su voluntad a la divina, y no intentan acomodar la de Dios a la suya propia!...»*. Es probable que existan peticiones, en relación con la salud, la familia, el hogar, el empleo, etc., que sean completamente lícitas y razonables. Ahora, puede ocurrir que muchas de esas peticiones no concuerden con la voluntad de Dios; y aquí es donde se produce un repentino conflicto. Conflicto que, indudablemente, ha de ponerse en manos del Buen Pastor, aceptando, en acto de fe, su voluntad especial para nuestra vida. En caso de no hacerlo, y con el sentimiento de no haber conseguido lo deseado, se podría crear un grave descontento interior, al que suele acompañarle la queja, y en los peores casos la amargura. Pablo le pidió al Señor que le quitase el aguijón de la carne (probablemente un defecto importante en la vista), pero la voluntad de Dios fue el permitir su especial aguijón con un propósito determinado: *«Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad»* (2 Co. 12:9). Como citaba el santo Job: *«¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?»* (Job 2:10). La pregunta aquí se presta en forma personal, y a cada uno en particular: Si el plan divino incluyera el cumplimiento de los peores presagios que pudieras imaginar, ¿aceptarías con valentía y buena disposición tal destino de parte de Dios?

El pastor y defensor de los derechos humanos, Martin Luther King, manifestaba: *«El propósito de la vida no es ser feliz, ni tampoco obtener placer y evitar el dolor, sino hacer la voluntad de Dios, venga lo que venga»*. La voluntad de Dios requiere, sin lugar a dudas, de la aceptación interna y consciente de cualquier acontecimiento, presente o futuro, por muy sombrío que éste parezca. En el caso de resistirnos y no querer aceptar, consecuentemente estaríamos aplicando desconfianza en nuestro Padre, y a la vez menoscambiando sus fieles promesas.

La rebeldía del creyente contra los planes celestiales es un síntoma bastante común en nuestro entorno cristiano, pensando que al parecer, el Dios que todo lo puede, no se muestra favorable a nuestras legítimas peticiones. Habremos de preguntar, pues, con qué motivaciones están hechas... La rebelión contra Dios no es más que el producto del lamento en el corazón, por ver que no han salido las cosas como esperábamos. Y esta actitud negativa no es más que el resultado de una visión egoísta, que se acompaña con una evidente falta de fe; lo que en tal caso deberíamos revisar.

El problema no es nuevo, ya ocurría con el antiguo pueblo de Israel: «*Vosotros, que sois duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, resistís siempre al Espíritu Santo; como hicieron vuestros padres, así también hacéis vosotros*». (Hch. 7:51). Vista como un acto de resistencia a la autoridad divina, la rebeldía constituye una constante en la historia de la Humanidad, incluyendo al pueblo de Dios, desgraciadamente.

LA VOLUNTAD DE DIOS Y EL SUFRIMIENTO

Los designios del Creador contienen elementos de misterio, que en muchas situaciones no logramos comprender con claridad, incluido el sufrimiento. ¿Quién puede entender sus propios caminos? mucho menos entenderá el camino de Dios... En la obra *Escogidos en Cristo*, el autor J.M. Martínez, hace la siguiente analogía: «*La providencia divina y su interacción de factores da lugar a muchos problemas, puesto que nosotros no vemos más que el revés del tapiz, el cual parece una confusión laberíntica de hilos multicolores, pero las Escrituras nos aseguran que el dibujo anverso es hermosísimo*». Resulta significativa la ilustración, ya que viendo solo el revés del tapiz, lleno de hilos enrevesados, no alcanzamos a contemplar el dibujo tan precioso que constituye nuestra vida en poder del Gran Diseñador. Así ocurre con buena parte de lo predestinado por el cielo para todo cristiano, que a veces no llegamos a comprender con claridad.

Como indicamos al principio, el Todopoderoso ya sabe nuestro destino, y conforme a éste predetermina nuestras condiciones, sean físicas, psíquicas, circunstanciales, familiares, eclesiásicas, etc. De esta forma, prevemos que además en todas ellas habrá cierta dosis de sufrimiento, y como es de esperar, también planificado de antemano en el programa eterno de Dios.

Los planes divinos designados al creyente, no transcurren exentos de aflicciones, enfermedades, tristezas, padecimientos... Y, aunque pudieramos suponer que el sufrimiento en el cristiano es causa de algún pecado personal, en ocasiones ocurre precisamente al revés: es la aplicación especial del favor divino. El comentarista bíblico Matthew Henry, cita al respecto: «*Las aflicciones extraordinarias no son siempre el castigo de los pecados extraordinarios, sino que a veces son el padecimiento de las gracias extraordinarias*».

Para el apóstol Pablo, su aguijón en la carne formaba parte de la voluntad de Dios. Y a buen seguro le constituyó dura prueba; prueba determinante que, con toda certeza, contribuyó para que su labor fuese todavía más eficiente. Así concluía: «*Cuando soy débil, entonces soy fuerte*» (2 Co. 12:10).

Al parecer, la «escuela del dolor» enseña lecciones que en ninguna otra parte se pueden aprender: es la escuela de Dios. Reparemos en esta lección, porque las experiencias difíciles del creyente fiel, en manos de la divina providencia, no se hallan desprovistas de significado, sino que responden a un plan estratégicamente diseñado por el Dios proveedor. Es tal y como lo hace constar el teólogo británico, J.L. Packer: «*La doctrina de la providencia les enseña a los cristianos que ellos nunca se encuentran a merced de unas fuerzas ciegas (la fortuna, el azar, la suerte, el destino), que todo cuanto les sucede se halla en los planes de Dios, y que cada suceso llega como una nueva convocatoria a confiar, obedecer y regocijarse, sabiendo que todo es para su bien espiritual y eterno*».

El propósito de la prueba aquí, se dirige a que seamos más conscientes del pecado, y de los estragos que ha hecho en este mundo perdido. Con esta conciencia podremos detectar mejor nuestros propios errores, y asimismo comprender con más tolerancia los del próximo. La prueba nos proporciona elementos de madurez personal, y así es como nuestra visión espiritual se torna cada vez más profunda y cabal. Como resultado, vamos adquiriendo una mayor responsabilidad y sentido de nuestra labor cristiana, que será aplicada, y con mejor eficacia, en el servicio a los demás.

Con la prueba, todas las desdichas, a la postre, nos ayudarán a sentirnos débiles, y a no dar cabida al orgullo; para que, acompañados de este sentimiento, podamos depender de la absoluta gracia divina. Es la manera como nuestro ministerio cobrará una mayor calidad espiritual, y nuestra vida un verdadero significado de eternidad: «*De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien*» (1 P. 4:19).

Consideremos como elemento de gran importancia, el hecho de que la prueba contribuya a la buena y necesaria transformación de carácter: un cambio de vida en dirección a imitar el modelo de Jesucristo. Y, como no podía ser de menor importancia, también nos ayuda a desligarnos del presente mundo materialista, cada vez más alejado de la buena voluntad de Dios.

Sepamos que el sufrimiento no proviene de la voluntad original del eterno Dios. Pero, lo permite, lo incluye en su programa, y lo utiliza en bien de sus hijos. Y, por si fuera poco, al mismo tiempo fija los límites necesarios para que no sobrepase la capacidad del cristiano en soportar las adversidades. En ningún caso Dios probará a sus hijos más allá de lo que puedan resistir: «*Pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar*» (1 Co. 10:13).

«*La voluntad de Dios no te llevará donde su gracia no te pueda sostener*», citaba el misionero James Elliot, sin saber que su destino sería la pronta muerte a manos de una tribu indígena, junto con otros cuatro misioneros. Tales muertes parecían un sinsentido, hasta que buena parte de la tribu se convirtió al Señor gracias a la propia familia de los misioneros que prosiguieron con su labor evangelizadora. Tanto las muertes de los misioneros, como la conversión de los indígenas, ya estaban previstas por Dios.

Estemos seguros de que el Altísimo no nos dará una carga tan pesada que no logremos sobrellevar, y las dificultades serán proporcionales a las capacidades que Él buenamente nos quiera conceder. También esto es voluntad de Dios.

En definitiva, la prueba –incluidas las aflicciones– constituye parte del proyecto eterno de Dios para todo creyente en Cristo. Y por lo común, utiliza las circunstancias normales de la vida cotidiana, que en su debido tiempo las puede reconducir a modo de prueba. Las preguntas planteadas en el principio: la familia, el empleo, la formación, la salud, etc., pueden formar parte de la prueba. Todo ello son experiencias decisivas que ordenarán el rumbo de nuestra vida cristiana. El amor al Señor, así como nuestra fe en Él, han de ser probados.

«*Porque mejor es que padeczáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal*» (1 P. 3:17). Es de esperar que algunos cristianos, sabiendo que el porvenir en manos de Dios puede contener elementos de sufrimiento, opten por rebelarse y no querer aceptar cualquier perspectiva que parezca incierta. Estemos atentos, porque venga lo que viniere, sea lo que fuere, en ningún caso hemos de atemorizarnos; pues nuestro Padre celestial mantiene, en todo tiempo, un control riguroso sobre nuestras vidas. ¿Por qué entonces habríamos de desconfiar en Él? Pregunta similar fue la de nuestro Señor: «*¿Por qué teméis, hombres de poca fe?*» (Mt. 8:26).

CAPÍTULO IV

CONSECUENCIAS DE LA VOLUNTAD DE DIOS EN EL CREYENTE

GRADOS DE COMPROMISO CON DIOS

Necesariamente la obediencia y la fe han de mantenerse unidas, pues la una depende de la otra. El destacado teólogo alemán, Dietrich Bonhoeffer, en su libro *El precio de la gracia*, proclamaba: «*Es verdad que la obediencia y la fe deben estar separadas a causa de la justificación, pero esta separación no puede suprimir la unidad que existe entre ellas y que consiste en que la fe solo se da en la obediencia, nunca sin ella, y en que la fe solo es fe en el acto de la obediencia.*»

Después de lo hasta aquí expuesto, alguno se inquietará pensando que debido a su falta de compromiso con el Señor, todavía no se halla amparado bajo la buena voluntad de Dios. Para resolver esta duda, vamos a intentar aclarar algunos conceptos básicos en este apartado.

Volvamos al texto de referencia: «*Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia*» (Mt. 6:33a). El cristiano puede buscar primero el reino de Dios, o no buscárselo. Ahora bien, en el caso de tomar la decisión correcta, se requiere proseguir adelante en el día a día con un grado de entrega hacia el Señor y su obra. En cierta manera, la perseverancia e intensidad con la que experimentamos la voluntad de Dios, puede ser mayor o menor; nuestra andadura cristiana puede marchar con superior o inferior altura de consagración.

Permaneciendo en esta decisión (el buscar primero el reino de Dios), podremos vivir la voluntad de Dios con un nivel de compromiso generoso, o bien, en el lado contrario, mostrarse escaso. Nuestra vida espiritual, igualmente, puede permanecer fuerte, o en cambio revelarse débil. Cada cual elige seguir a Jesucristo con mayor o menor grado de renuncia: «*El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará*» (Mt. 10:39). ¿Con qué medida de egoísmo estoy viviendo? Cuanto más viva para mí, mayor es la pérdida de la vida de Cristo.

No deberíamos, en esta reflexión, obviar la importante aclaración de nuestro Señor: «*Por sus frutos los conoceréis*» (Mt. 7:16). Como venimos deliberando, el cristiano puede caminar, en mayor o menor medida, conforme la voluntad de Dios. Sobre esta base, nos preguntamos, ¿qué tipo de fruto estoy produciendo? ¿Es un fruto pequeño y de pésima calidad, o por el contrario abundante y de buena calidad? En todo caso, entendemos que el fruto tendrá mayor o menor utilidad dependiendo del árbol que lo produzca. Un árbol saludable y robusto producirá buen fruto. De esta manera, el creyente que permanece fiel «*será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo*» (Sal. 1:3). En cambio, creyentes cuyo desarrollo espiritual es mínimo, el fruto también se expresará mínimamente. Sea mayor o menor el fruto que logremos producir –por la acción del Espíritu Santo–, éste será proporcional al grado de compromiso con Dios y su Palabra.

En este punto, recordemos la advertencia bíblica ya mencionada: «*No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*» (Gá. 6:7). Aquel que siembra muy poco para la vida espiritual, es de esperar que siegue muy poco. Y el que siembra mala calidad de grano, segará mala calidad de cosecha: «*Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará*» (2 Co. 9:6). Luego, un compromiso débil

con Dios y su Palabra, producirá como consecuencia una vida cristiana débil, carente de la necesaria fortaleza interior. De la misma manera, la pobre disposición de amor a Dios, resultará en una pobre efectividad ministerial. La fórmula que contiene la causa y el efecto, parece sencilla: «*Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros*» (Stg. 4:8).

Nuestro gran Maestro declaró: «*Mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas*» (Mt. 6:14). Observamos aquí que la medida del favor divino hacia nosotros, es correspondiente a la medida de nuestro favor hacia los demás. Por lo tanto, según el texto leído, no pretendamos recibir las mejores atenciones de nuestro Padre celestial, si con nuestra actitud de indiferencia logramos ignorar a nuestros hermanos, o bien obramos con espíritu de rencor ante alguna ofensa.

«*Conforme vuestra fe os sea hecho*» (Mt. 9:29). Según esta declaración bíblica, dependiendo de nuestra fe, que por otra parte recibimos por gracia, así será la medida de bendición destinada. En otras palabras, Dios aplicará su voluntad especial a nuestra vida, en función del grado de confianza en Él: «*Pero pida con fe no dudando nada; porque el que duda es semejante a la ola del mar... No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor*» (Stg. 1:6,7). ¿Vemos aquí la voluntad de Dios condicional? De manera que, nuestra confianza en Dios y en su Palabra, puede expresarse débil o fuerte, pequeña o abundante... Y para fortalecer la fe recibida de Dios, hemos de estar siempre abiertos a escuchar su voz, pues «*la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios*» (Ro. 10:17). ¿Notamos la relación que existe entre las diversas condiciones divinas? Así pues, la buena intervención del Espíritu en nuestra vida, será proporcional al grado de fe que profesemos; y al tiempo, esta fe también proporcional al grado de nuestro amor y entrega a su Palabra.

Consideremos cuál sea nuestra medida de amor hacia el prójimo, según cita la condición bíblica: «*Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros*» (1 Jn. 4:12). Podríamos inferir del texto que, si nuestro aprecio al prójimo se muestra en todo ausente, tampoco el amor divino permanecerá en nosotros. La voluntad condicional del Señor es inequívoca: «*Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*» (Jn. 15:10). Una muestra de amor escasa, por ende, provendrá de una escasa relación con Dios y su Palabra. De forma inversa, el amor divino se perfeccionará en nosotros, en la medida que decidimos ponerlo en práctica. En esto, la formulación bíblica es de carácter vital: «*El que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él*» (1 Jn. 4:16). El versículo muestra la voluntad de Dios condicional de forma clara. Por tanto, somos receptores del amor de Dios, con la condición de que nos dispongamos voluntariamente a amarle a Él; amor que naturalmente deberá reflejarse en el prójimo. Una vez más la causa y el efecto se repite: «*Con la medida con que medís, os será medido*» (Mt. 7:2).

Comprendamos bien lo anteriormente expuesto, porque podemos vivir dentro de la voluntad de Dios, y sin embargo hacerlo con un mínimo grado de fidelidad. La propia Escritura exhorta a no vivir conforme a la carne: «*Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne*» (Ro. 8:12). Aquí, parece oportuno revisar nuestra vida de entrega hacia Dios, como hacia los demás, realizando al tiempo un sincero análisis de conciencia. Es lo que dice la Biblia: «*La ciencia del prudente está en entender su camino*» (Pr. 14:8).

Nos preguntamos, cada uno, por el nivel de compromiso en relación con Dios y su Palabra: compromiso con la evangelización, con la iglesia, con la familia, con la sociedad, con nuestros bienes terrenales, etc. ¿En qué grado se halla usted? Si en grado mayor, dígalo con humildad, si en grado menor, con pesar en el corazón.

Aunque el desarrollo espiritual en el creyente puede ser más o menos acelerado, siempre la voluntad de Dios conlleva crecimiento; y si no hay crecimiento, se produce el efecto contrario: decrecimiento. Vamos hacia arriba o hacia abajo, avanzamos o retrocedemos, subimos o bajamos de grado: «*El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama*» (Mt. 12:30).

Vivir con una medida reducida de entrega, conlleva experimentar la buena voluntad de Dios con medida reducida. En el sentido opuesto, vivir la voluntad de Dios en grado supremo, conlleva recibir las bendiciones también en grado supremo: «*Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis*» (Ro. 8:13). Según las palabras del apóstol dirigidas a los creyentes en Roma, y

perfectamente aplicables para nosotros hoy, revelan que la vida cristiana conlleva, en sí mismo, un estado espiritual de acercamiento a Dios (vida), o de alejamiento de Dios (muerte).

Podemos aceptar, además, que el Señor se relacione con cada uno en particular, dependiendo del estado de comunión con Él y de consagración. Y así serán las bendiciones espirituales recibidas: muy pobres, si nuestro compromiso es pobre, pero vida abundante, si abundante es nuestra entrega. Reproducimos nuevamente el texto sagrado: «*El que siembra generosamente, generosamente también segará*» (2 Co. 9:6). Comprendamos bien, porque los efectos benéficos de la siega generosa, se contemplan esencialmente en el ámbito espiritual, pues los bienes terrenales por sí mismos no poseen ningún valor espiritual.

Por otro lado, es muy frecuente la típica excusa de que todos pecamos y fallamos, y así el Señor entiende nuestras debilidades. Es verdad, el Señor nos comprende más que nadie. Pero, entonces, ¿para qué sirven sus recomendaciones bíblicas, o qué sentido tiene el llamamiento a la santidad? Si bien Dios nos da los mandamientos, también las fuerzas para poder cumplirlos. Recordemos que David pecó gravemente, y aun siguiendo dentro de la voluntad de Dios, tuvo que sufrir las propias consecuencias de su mala acción; consecuencias previstas por Dios. Mucha tristeza le causó la rebelión de su propio hijo Absalón... De forma paralela Sansón no gustó de las bendiciones celestiales por desobedecer el mandato divino, descubriendo su secreto a la persistente Dalila. Así como ocurrió con Sansón a causa de su desobediencia, puede ser que muchos creyentes en rebeldía se hallen «ciegos» y arrastrando «piedras de molino». La amonestación es de parte del Dios justo: «*Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras*» (Jer. 17:10).

Siguiendo con la misma idea, el cristiano puede vivir por un tiempo en grado mínimo, y todavía hallarse dentro de la voluntad de Dios; hasta que, de persistir en el declive espiritual, irremediablemente llegará a perder la gracia especial de Dios. Bien pudo en su tiempo haber tomado la decisión de vivir con espíritu de entrega y abnegación personal. Pero, con el transcurrir de los años, se dejó llevar por los deseos terrenales del viejo hombre y, arrastrado por el pecado, se fue apagando espiritualmente. Ello generó un marcado retroceso en su vida cristiana; no hizo caso de la recomendación bíblica: «*Para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios*» (1 P. 4:2).

El modelo de la iglesia de Laodicea, en El Apocalipsis, es vivo ejemplo... para en ningún modo copiarlo. Esta iglesia de finales del primer siglo vivía bajo la buena y agradable voluntad de Dios, hasta que la «tibieza» se instaló en el corazón de sus miembros, dando paso a un proceso de lamentable decadencia espiritual. Con el tiempo se descubrió en la iglesia un grado extremadamente escaso de relación con Cristo y su Palabra, llegando a tal punto que finalmente el mismo Señor se encuentra llamando a la puerta de sus corazones. Habían dejado al Salvador fuera de la vida cristiana: «un cristianismo sin Cristo». ¿Cómo es posible tal descarrío...? El estado de comodidad y relajación espiritual había llegado a su límite. Y el Señor, por medio del apóstol Juan, les tuvo que amonestar duramente. Desde luego no dejaron de realizar, en sus fuerzas, actividades eclesiales; pero, a tenor del pasaje bíblico, prescindían de la gracia divina por creerse autosuficientes, por lo que su relación con Dios se revelaba prácticamente nula. Se había convertido en una iglesia eclesio-céntrica: el *yo, me, mi*, presidía la dinámica religiosa de esta singular congregación.

A veces ocurre que el cristiano permanece estancado por un largo tiempo en altura mínima de compromiso con Dios, hasta que llega un momento en que el Señor, harto de paciencia, realiza una llamada de atención (lo hizo con la iglesia de Laodicea). La advertencia de Cristo es para ayer y para hoy. Así cita el texto bíblico: «*¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*» (He. 2:3).

No pensemos que el Padre celestial rechaza a sus verdaderos hijos. Por el contrario, su amor incondicional permanece inalterable. En esa relación paterno-filial, el Señor siempre mantiene un cuidado especial y misericordioso hacia su pueblo: «*No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados*» (Sal. 103:10). Nuestro Pastor es perdonador, paciente y bueno, y como cita Isaías 46:4, «*nos soporta hasta las canas*».

Aunque Dios es infinitamente misericordioso, también es infinitamente justo, así que no puede mirar de reojo cuando el cristiano peca. El Creador ha constituido sus mandamientos condicionales, con las bendiciones o perjuicios provenientes de su cumplimiento o incumplimiento. Es decir, al obrar del cristiano le sigue la consecuencia propia: es la ley natural de la siembra y la siega.

No estamos enseñando aquí que todo llamado creyente, que vive en la carne, sea un cristiano nacido de nuevo. Sin ninguna intención de juzgar, pero aquel que vive apartado de la vida cristiana en forma permanente, sin discernir sus propios errores, o carente de amor a Dios y a los demás, es muy probable que nunca haya conocido al Salvador, es decir, que no sea realmente cristiano: «*El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor*» (1 Jn. 4:8). Aun con las impresiones más correctas, no hemos de concluir de antemano, sino dejar crecer la cizaña juntamente con el trigo, como bien nos aconsejó el Señor, Mateo 13:30.

Finalmente, todo creyente en el día señalado dará cuenta de lo bueno que haya hecho en esta vida (viviendo conforme al Espíritu), o bien de lo malo (viviendo conforme a la carne): «*Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*» (2 Co. 5:10).

Consecuencias de transgredir la voluntad de Dios

En este mundo

Una vez inmerso en el proceso de frialdad espiritual mencionado, con el tiempo el cristiano puede llegar al extremo de encontrarse fuera de la voluntad divina. Fue el mismo apóstol Pablo, el que con temor y temblor se puso como ejemplo: «*No sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado*» (1 Co. 9:27). La lección se brinda sola: O seguimos confiando en Dios y creciendo en grado de comunión con Él, o incluso habiendo comenzado el camino, bien podemos retroceder: «*Mas el justo vivirá por fe. Y si retrocediere, no agradará a mi alma*» (He. 10:38).

Las consecuencias de vivir bajo el desagrado de Dios, se revelan negativamente. Una de ellas es que la «gracia especial» deja de amparar al creyente, y en buena medida ya no es receptor del auxilio celestial, en el sentido mencionado... Hablando de la disciplina en el creyente, la Escritura no advierte en vano: «*Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios*» (He. 12:15). Este es el motivo por el que la rutina se apropiá del creyente apartado, y así las cosas del Señor le son una carga fastidiosa. El Espíritu Santo se entristece, y por ello no da señales evidentes de fruto espiritual: «*No contrastéis al Espíritu Santo de Dios*» (Ef. 4.30). Así es como el gozo se apaga y llega a convertirse en permanente descontento, o lo que es peor, en raíz de amargura. A la vez, el Señor priva de luz espiritual a aquel que rechaza su oferta de gracia: «*Vendré a ti, y quitaré tu candelero*» (Ap. 2:5).

Dios es luz, y el cristiano que no mantiene comunión con Él, por ende no recibe su luz, ni para entender la Palabra, ni para iluminar a los demás. No es sorprendente que pierda toda visión espiritual, al igual que una vela cuya llama se desvanece. De esta forma también su ministerio resultará del todo ineficaz: «*Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él*» (1 Co. 3:17). Tal cristiano ha roto la comunión con su Salvador, y por ello no logra disfrutar de la vida espiritual con genuina satisfacción. Y, sin apenas distinguir bien, el poder del Espíritu Santo se retira del escenario ministerial, porque «*si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da*» (1 P. 4:11).

Es verdad que tales cristianos pueden seguir leyendo la Biblia, orando, cantando *iSeñor te amo!*, procurando sus ofrendas... Pero, la realidad intencional de su corazón es muy distinta. Es lo que podríamos denominar «paradoja farisaica», con la que Jesús tuvo que enfrentarse: «*Porque vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad*» (Lc. 11:39).

Sin duda que el hijo desobediente sigue siendo hijo: ayer, hoy y mañana, por lo que no pierde su condición adoptiva designada por el Padre. Si bien, acorde con los datos bíblicos, de seguir en rebeldía podría perder algo muy preciado: la comunión con Dios; además de todas las bendiciones derivadas de esa comunión espiritual. De la siguiente forma el Señor lo expresó a su iglesia: «*Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca*» (Ap. 3:16). Tal y como ocurrió en aquel tiempo, es probable que también hoy algunos creyentes sean vomitados de la boca de Jesús. Pensemos en ello, pues no son tiempos mejores los presentes, los cuales caminan sin retorno hacia la Apostasía: «*Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos*» (He. 2:1).

Es cierto que todos caemos y fallamos muchas veces, según 1 Juan 1:8. Sin embargo, una cosa es caer y arrepentirse (a renglón seguido Dios te levanta), y otra distinta es permanecer caído por largo tiempo. En este último sentido, la historia revela vidas de cristianos que a lo largo de su trayectoria han mostrado un claro «antes» y un «después» en su vida personal. No son pocos los que llevan años apartados de la comunión con Dios. Otros, pese a seguir en el sistema eclesial, mantienen una actitud de terquedad, con el consiguiente estado de insatisfacción. En otros, apenas se logra percibir la acción del Espíritu Santo en su ministerio cristiano. Algunos recibieron una prueba decisiva de parte de Dios, y no estuvieron dispuestos a aceptarla; se dejaron llevar por la necesidad personal, y no entregaron a su hijo Isaac (metafóricamente hablando). Con el descarrío de ciertos creyentes, se puede notar que el semblante ya no es el mismo. El gozo desapareció de un día para otro, y la frescura del Espíritu se marchitó por el fuerte sol de la prueba... Por otra parte, a ciertos líderes se les sube tanto el cargo eclesial a la cabeza, que con el tiempo se vuelven casi irreconocibles; una especie de enajenación mental se apodera de sus mentes. Ya lo advirtió el Señor a su pueblo: «*Para que no se vuelvan a la locura*» (Sal. 85:8).

Huelga decir como autor, que expreso mis conclusiones hacia el pueblo de Dios sin ánimo de juicio, y con la debida comprensión; y sobre todo con gran debilidad personal, pues no soy yo mejor que otros. Por lo demás, aun permaneciendo en la realidad bíblica expuesta, que nadie descalifique ni menosprecie a su hermano. *Si alguien está libre de pecado, ya sabe lo que tiene que hacer...*! en referencia a Juan 8:7. Como siempre, hay lugar para el arrepentimiento y la restauración espiritual, pues nuestro buen Dios espera, cual padre paciente, al regreso del hijo pródigo.

En la eternidad

Aunque no en el mismo sentido que el incrédulo, el creyente pasará por el juicio de Dios (Tribunal de Cristo), para dar buena cuenta de sus obras. Parece razonable que el Juez justo pida cuentas a todos, incluido a los cristianos. Ya lo avisaba el escritor del antiguo libro de Eclesiastés: «*Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala*» (Ec. 12:14).

Pensando en las consecuencias eternas para el cristiano que no persevera en la voluntad de Dios, nos atrevemos a decir que consistirá básicamente en la pérdida de bendiciones celestiales. Podríamos considerar, por ejemplo, el reconocimiento del mismo Señor sentado en su trono; los grados de felicidad en el entorno celestial; los cargos en las funciones del reino de Dios; la mayor cercanía con Jesús, o la participación de la gloria divina, entre otros varios... Todo ello se definirá en el llamado Tribunal de Cristo, como ya hemos indicado. No lo confundamos con el gran juicio del Trono Blanco, donde la humanidad perdida será juzgada por sus obras, para determinar el grado de condenación eterna.

Y partiendo de esta evaluación final en el haber de cada cristiano, podemos aseverar que toda labor realizada fuera de la voluntad de Dios, no llevará fruto para la eternidad. Igualmente ocurre que la falta de entrega y servicio a Dios, que repercutirá, como hemos mencionado, en la pérdida de muchas bendiciones celestiales: «*Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo*» (2 Jn. 1:8).

El profeta Juan, gran visionario del futuro, advirtió a los creyentes de la época: «*Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados*» (1 Jn. 2:28). Podemos predecir, conforme al texto leído, que todo cristiano que no sirvió fielmente en este mundo –en mayor o menor medida–, en el futuro encuentro con Cristo experimentará de alguna manera cierto pesar momentáneo, por haber descuidado la voluntad de su Señor.

Llegados hasta aquí, podemos concluir que todo aquel cuya vida cristiana se caracteriza por una falta de entrega y compromiso con Dios, en forma permanente, en el día de su partida a la Patria celestial nada de valor podrá llevarse que tenga utilidad para la eternidad: «*Será salvo como por fuego*» (1 Co. 3:15), afirma la Escritura. Será salvo, pero como si un fuego le obligara a dejar su hogar de forma repentina... Y en esa acción inmediata él mismo logra salvarse, pero no le acompañará recompensa en el día final: «*La obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará*» (1 Co. 3:13). Por eso hemos de preguntarnos, ¿dónde estamos edificando? sobre madera, heno, hojarasca (cosas que el fuego no resistirá), o bien edificamos sobre oro, plata, y piedras preciosas, según 1 Corintios 3:12.

Consecuencias de practicar la voluntad de Dios

En este mundo

Una vez examinadas las consecuencias negativas de transgredir la voluntad de Dios, también en el sentido contrario se descubren consecuencias favorables. Los efectos positivos de andar según los proyectos celestiales son varios. Y si bien pueden ser de carácter material, principalmente éstos se revelan en el orden espiritual, pues nuestra vida aquí constituye en todo una inversión para la eternidad.

Más allá de las bendiciones materiales, que podamos o no recibir en este tiempo, los resultados se experimentan principalmente en el alma. Y sus extraordinarios efectos, se descubren de muy diversas formas en el ámbito espiritual. Señalamos, por ejemplo, la maravillosa experiencia interna que supone el crecimiento espiritual, o la transformación progresiva del carácter cristiano. Destacando, a la vez, las dimensiones profundas y enriquecedoras que constituye el adquirir sabiduría e inteligencia espiritual. O la plena satisfacción interna lograda con el tiempo, que sobreviene en la madurez personal, en la serenidad interior, o en la estabilidad espiritual. Son todos rasgos de vida cristiana que incorpora la buena voluntad de Dios; que lejos de ser desagradable, fastidiosa, o aburrida, se muestra en último término siempre agradable: «*El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agrado*» (Sal. 40:8).

A todo ello le acompaña el fruto del Espíritu, que es generado en el alma del creyente fiel: amor, gozo, paz... Y con todo el bienestar espiritual recibido, no parece extraño que se cumpla el texto bíblico: «*Se alegrará el justo en Jehová, y confiará en él*» (Sal. 64:10). Con tan magnífica condición habita todo siervo de Dios, yendo con paso firme y seguro hacia la eternidad. Y en tanto camina por este complicado e imprevisible mundo, al mismo tiempo le acompaña una grata sensación interior de que «*todas las cosas le ayudan a bien*», Romanos 8:28, y por lo tanto su perspectiva futura permanece en todo momento positiva. El gran predicador británico George Whitefield, recomendó la fórmula cristiana, diciendo: «*Pelea la buena batalla de la fe, y Dios te dará bendiciones espirituales*».

Hechas estas precisiones, necesitamos recalcar una y otra vez, que toda retribución divina, sea en este mundo como en el venidero, procede de la abundante gracia de Dios. Nada merecemos, como ya venimos insistiendo. Nuestros esfuerzos personales son aceptables solamente en los esfuerzos de Cristo, en su obra expiatoria... Es por gentileza divina que nuestro Padre se dispone a retribuir en proporción a lo que el cristiano sembrare. Y esto es favor celestial, oportunidad concedida por Dios mismo; además de que todos nuestros logros son hechos con la ayuda y el poder de lo Alto, y no cabe atisbo de gloria alguna para el hombre. Hoy, como ayer, la oferta divina sigue mostrándose por pura gracia, y como es de esperar, toda la gloria es y será para Dios. Sentimiento de ineptitud, o insuficiencia personal, son los que deben prevalecer en nuestras conciencias. Por ello, una vez terminada la labor, nuestro Señor nos indica el título honorífico que hemos de atribuirnos: «*Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos*» (Lc. 17:10).

En la eternidad

¿Podemos imaginar el acontecer diario sin esperanza de futuro? La verdad, nuestro peregrinaje no tendría mucho sentido. Incluso llegado el momento de pasar por el umbral de la muerte, el texto bíblico declara: «*Mas el justo en su muerte tiene esperanza*» (Pr. 14:32). La esperanza de una eternidad con Cristo, y nuestra plena confianza en su Palabra, es lo que añade fortaleza espiritual para proseguir en la búsqueda diaria del reino de Dios.

«*Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor... porque sus obras con ellos siguen*» (Ap. 14:13). Una vez traspasada la puerta oscura de la muerte, el hijo de Dios es acompañado a la eternidad con todo el equipaje de su labor realizada en este mundo, para ser retribuido en el cielo. Sobre esto, L. Berkhof hace la siguiente observación: «*También es evidente según la Escritura, que habrá grados de bendición en el cielo, Dn. 12:3, II Co. 9:6 Nuestras buenas obras serán la medida de nuestra recompensa de gracia, aunque no la merezcan. Sin embargo, y a pesar de todo esto, el gozo de cada individuo será perfecto y pleno*».

Las puertas del reino celestial se abrirán con toda holgura para el creyente fiel, siendo recibido por el mismo Rey de reyes y Señor de señores: «*Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección... Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*» (2 P. 1:10,11).

A todo ello, añadimos las extraordinarias moradas celestiales que esperan ser habitadas por los hijos de Dios. Jesucristo fue a prepararlas: «*Voy, pues, a preparar lugar para vosotros*» (Jn. 14:2). ¿Serán todas las moradas iguales, o serán conformadas dependiendo del grado de fidelidad de cada uno...? Junto con las moradas celestiales, los tesoros recibidos en la tierra e invertidos en el cielo, serán guardados para aquel día glorioso. Así lo recomendó el buen Maestro: «*Haceos tesoros en el cielo*» (Mt. 6:20). Esos mismos tesoros que logramos invertir en el banco celestial, serán entonces devueltos con mayor esplendor y validez, para que el cristiano fiel los disfrute en forma eterna. Todo servicio a Dios, hecho con nuestros bienes, incluidas las carencias temporales en el presente, repercutirá en gloriosas acumulaciones celestiales.

Pero, no pensemos tanto en las recompensas, sino en el gozo que supondrá el permanecer por siempre en la gloriosa presencia de Dios. Es lo que comparativamente enseña la parábola del siervo fiel: «*Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor*» (Mt. 25:21).

Muchos bienes recibirán los felices habitantes del futuro reino de los cielos. La medida de bendición será justa, esto es, a mayor grado de esfuerzo y disposición, mayor bien recibiremos. Gran galardón para aquellos que también grande ha sido el compromiso con su Señor. Es lo prometido para los fieles hijos de Dios: «*Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos*» (Mt. 5:12). Pensemos con inteligencia, porque las aflicciones de este mundo pronto pasan, pero las bendiciones eternas no tienen fin.

Sea mucha o poca la labor del siervo fiel, no será olvidada por su Señor: «*He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra*» (Ap. 22.12). Nótese en el texto que el galardón no resulta del mérito propio, pues Jesús lo ganó en la Cruz por derecho propio: «*mi galardón*». En ningún caso el cristiano será merecedor del bien, por muy fiel que se comporte... Aun con todo y ello, la extraordinaria gracia divina se mostrará en aquel día ofreciendo recompensa por la obra que cada uno en particular haya realizado: «*Entonces pagará a cada uno conforme a sus obras*» (Mt. 16:27).

No serán pocas las ocasiones en las que cumplir con la voluntad de Dios demandará un cierto grado de sufrimiento. Sin embargo, toda aflicción anclada en la fe de Cristo Jesús, al fin se encontrará revestida de gloria eterna: «*Si sufrimos, también reinaremos con él*» (2 Ti. 2:12). La eternidad más cerca de Cristo, con mayor participación de su gloria, será la recompensa de aquellos que han pagado el precio de la vida cristiana, para el servicio de Dios y de su iglesia: «*Manifestados con él en gloria*» (Col. 3:4).

CONCLUSIÓN

Hasta aquí la presente reflexión sobre la voluntad de Dios. En nuestra mano está el conocerla, creerla, amarla, vivirla, y proclamarla.

Llegados al final de esta exposición bíblica, tal vez ahora sería el momento adecuado para considerar cuál sea nuestra posición, y confirmar si en verdad tenemos un corazón dispuesto para cumplir con la voluntad de Dios, o por el contrario estamos descuidando labor tan importante.

Ciertamente el Creador, que es nuestro Buen Pastor, tiene un plan general para nuestra vida, y éste se halla en las páginas de la Biblia: es su voluntad general. Pero, también tiene un plan especial, que aunque no lo hallemos expresamente en la Escritura, Dios nos lo hará saber en el momento adecuado, o bien lo aplicará directamente sin necesidad de revelarlo con anterioridad: es su voluntad especial.

Reiteramos la enseñanza, porque en la medida que nos dispongamos a cumplir con la voluntad general de Dios, Él llevará a cabo, en forma próspera y benéfica, su especial voluntad en nuestra vida. Motivo por el cual no debemos preocuparnos excesivamente por el futuro en esta tierra, pues en la intención del Dios todopoderoso está el añadir todo aquello que necesitamos. Por lo demás, estemos seguros de que el cuidado, la guía y dirección de nuestro buen Padre celestial, está garantizada para todo el que desee, con sinceridad de corazón, hacer su voluntad.

Recordemos que para alcanzar las bendiciones celestiales, hemos de entregarnos a Dios en forma sincera, y mantener así una buena relación con Él, a través de la lectura de la Palabra y la oración, principalmente. Con tal entrega, y en dependencia del Espíritu Santo, estaremos preparados para evaluar nuestra relación con el entorno (familia, trabajo, iglesia, economía, circunstancias personales), y con nosotros mismos (nuestro mundo interior), considerando los elementos en conjunto para así poder confirmar el cumplimiento de la voluntad de Dios, tanto general como especial.

La prueba, incluida las aflicciones, vendrán. Pese a todo desconcierto, no desistamos en la búsqueda permanente del reino de Dios y su justicia. Es menester tomar una decisión firme y seguir avanzando, ya que todo creyente fiel posee las extraordinarias fuerzas, nacientes del Espíritu, para poder desempeñar aquellas labores planificadas por el Creador desde antes de la fundación del mundo.

Y frente a las buenas o aparentemente malas previsiones futuras, habremos de aceptar lo establecido por el sabio Dios, porque en último término su voluntad se muestra altamente satisfactoria: «*la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Ro. 12:2). Es agradable y perfecta porque forma un todo con los designios del cielo para la tierra, que son planificados en perfección, toda vez que son para nuestro provecho personal.

Las bendiciones de vivir según los planes establecidos por el Señor son incalculables, y no pensemos que solo serán descubiertas –esas bendiciones– con esplendor en la eternidad, sino que además todo creyente las puede recibir y experimentar ya en esta vida temporal: «*Hay bendiciones sobre la cabeza del justo*» (Pr. 10:6), cita la Escritura. Y tales bendiciones, más allá de los bienes materiales que podamos o no recibir, se obtienen de la poderosa intervención del Espíritu Santo en el corazón del cristiano fiel, llenándolo de plenitud espiritual, completo significado, y propósito eterno...

Hacemos bien en fijar nuestra mirada en Cristo, en su ejemplo, y proseguir la carrera, que con guía firme y segura llegaremos a la meta: a nuestra morada celestial, la cual está preparando nuestro Salvador, hasta que regrese con poder y gloria; que por cierto, no tardará mucho. Y mientras vivamos en este mundo temporal, la promesa se mantiene expectante con el influjo de la eternidad: «*Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aun más allá de la muerte*» (Sal. 48:14).

Examinemos con solicitud cuál sea nuestra relación con Dios, con el entorno que nos rodea, y con nosotros mismos. Y comprobemos así en qué grado estamos cumpliendo con los mandatos celestiales... Si en esa comprobación, descubrimos que nos hallamos en grado mínimo, o tal vez nulo, entonces hay tiempo para acudir al Buen Pastor con espíritu arrepentido.

En esta consideración, puede ocurrir que alguien revise su vida y piense que es demasiado tarde, que no es digno del amor divino, o que tal vez se encuentre fuera de la voluntad de Dios... Bien, el hecho solo de plantearlo ya es un gran paso, por lo que todavía hay esperanza. Con este parecer, si algún hermano en la fe reconoce que está descuidando su vida espiritual, y siente pesar en su alma, no dude de que ahora sea el momento preciso para acudir al Señor. Sus brazos llenos de amor siguen abiertos para perdonar y restaurar a todo aquel que, con sinceridad de corazón, desee recibir el oportuno socorro. El texto bíblico asegura que «*al corazón contrito y humillado no despreciarás, tú, oh Dios*» (Sal. 51:17). Sirva esta oración como ejemplo de arrepentimiento y entrega: *-Padre celestial, acudo a ti arrepentido, para pedirte perdón por no apreciar mi relación contigo; por descuidar tu Palabra; por no tener presente la importancia de la oración. Perdóname por desatender a mis hermanos en la fe como en verdad debería hacerlo; por no desarrollar mi vida espiritual, ni disponer mis dones para el servicio de tu pueblo. Perdóname por no apreciar la evangelización como debiera; por descuidar tus enseñanzas; por no creer que hayas creado un plan especial para mi vida; por haber perdido muchas bendiciones... A partir de ahora te entrego mi corazón, mi vida y circunstancias, para que todo lo uses conforme a tu buena voluntad. Dame fuerzas para poder cumplir con tus propósitos en mi vida diaria. iEn el nombre del Señor Jesús!*

Por lo demás, el final de los tiempos se halla a las puertas, y los acontecimientos actuales apuntan a un inminente regreso de nuestro Señor Jesucristo para buscar a su amada Iglesia. Pueden ser pocos los años que restan (podría ser hoy mismo). ¿Qué vamos a decir en el momento de nuestro encuentro con Cristo? ¿Cuál habrá sido nuestro grado de entrega y servicio? ¿Cuál nuestra medida de amor al Salvador?

La declaración bíblica que resume la conversión del apóstol Pablo, es modelo suficiente para sin más demora tomar hoy la decisión que de seguro cambiará el resto de nuestras vidas: «*Señor, qué quieres que yo haga*» (Hch. 9:6).

José M^a Recuero
Bachelor en Teología

© Copyright 2010
Estrictamente prohibida su reproducción para la venta.

